

SUR

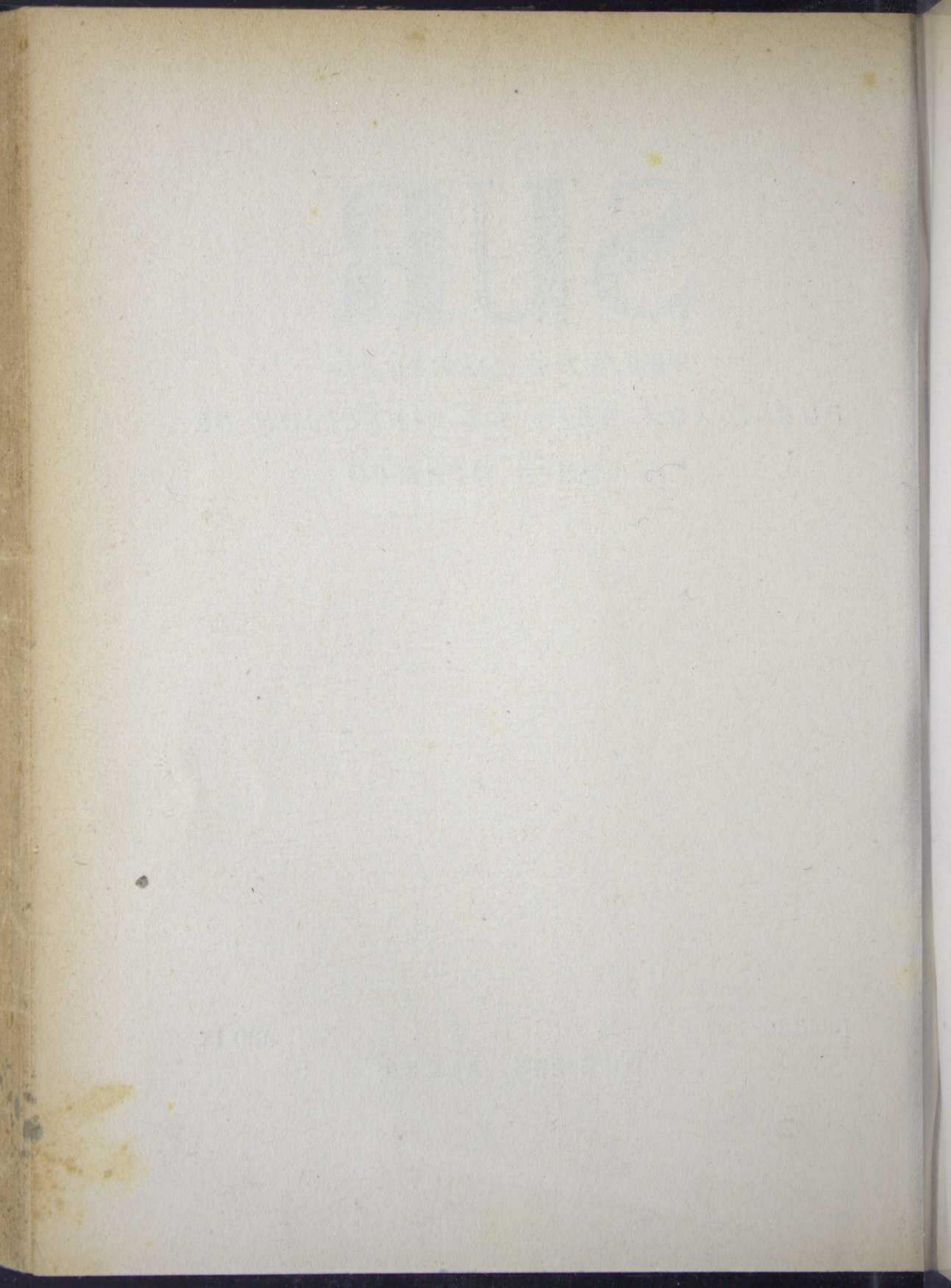
REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE
VICTORIA OCAMPO

JULIO DE 1939

AÑO IX

BUENOS AIRES



S U M A R I O

P A T R I C I O C A N T O
LA MUERTE EN EL VERBO

S I L V I N A O C A M P O
*PALINURO INSOMNE. EL PERRO DE
CORNELIO AGRIPA*

E R N S T T O L L E R
EL PASTOR HALL (III)

P I E R R E - H E N R I S I M O N
ANDRÉ GIDE Y EL COMUNISMO

N O T A S

LETRAS ARGENTINAS ☆ *Carlos Mastronardi*: "Crítica y estimación"

☆ *Francisco Luis Bernárdez*: Prosa de Marechal ☆ *Rafael Virasoro*:

"La ética formal y los valores" ☆ CRÍTICA DE ARTE ☆ *Julio*

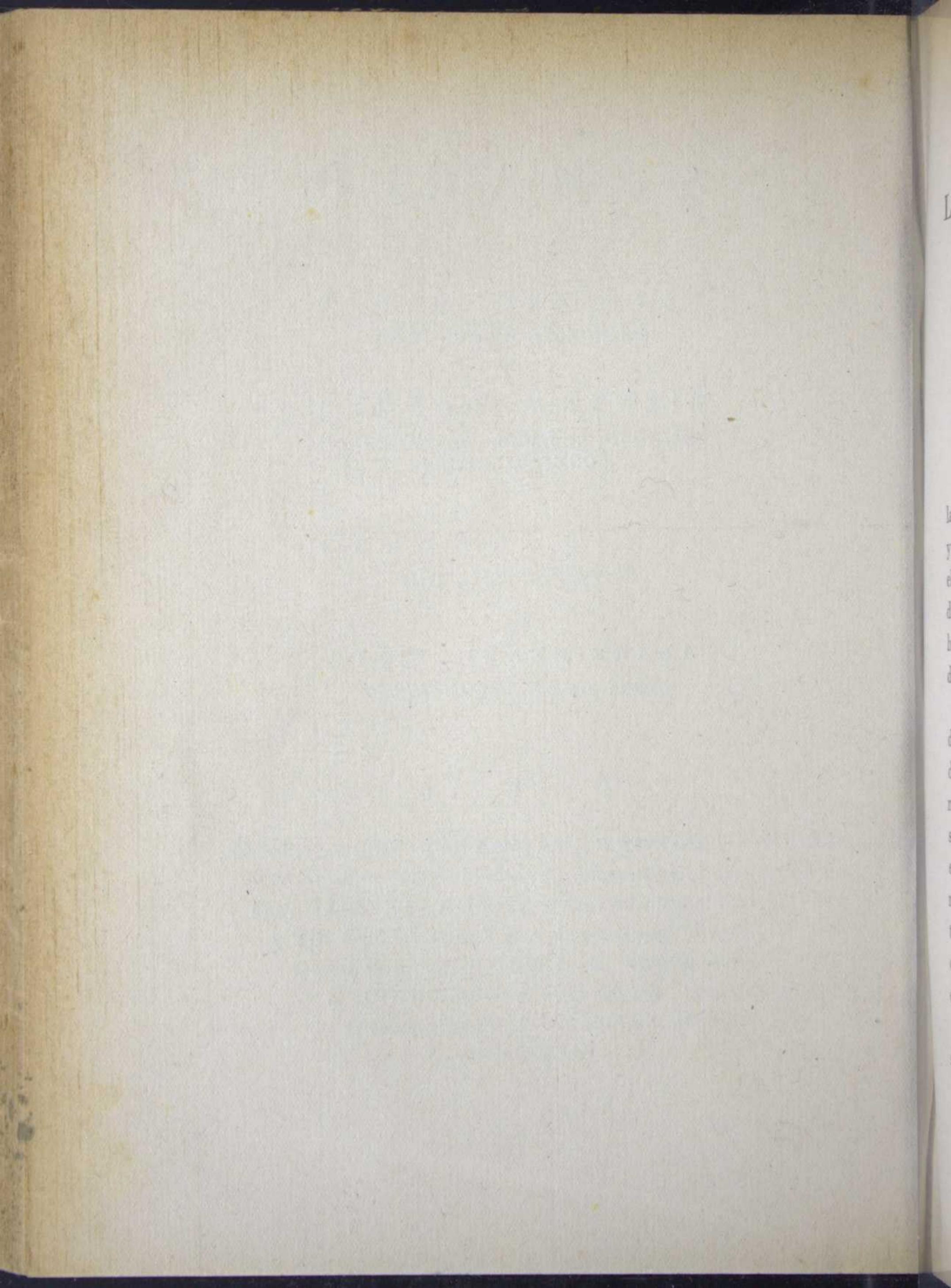
E. Payró: Exposición de Arte Francés del Siglo XIX y

contemporáneo. En el Museo Municipal de Buenos

Aires: Ramón Silva ☆ DOCUMENTOS ☆

María de Villarino: El éxodo español ☆

CALENDARIO.



LA MUERTE EN EL VERBO

Noto que la segunda persona del singular aparece, alguna vez, aislada y pura. Quiero decir que no es imperceptible dentro de su frase y resiste al aniquilamiento impuesto por un uso. Esta rebeldía de un elemento anulable que acentúa su cuerpo y se sustrae a la fluencia del discurso reclama una atención que sepa traicionar su hábito. La palabra no es utilizada: es. Hasta sin propósito deliberado un vocablo se destaca.

El lenguaje exige conclusiones, asertos, matices, no siempre queridos por quien lo utiliza. Imposición que no sólo sufren quienes no dominan la expresión, sino también aquellos más seguros de su instrumental. Podría decirse que los últimos padecen más agudamente la servidumbre, puesto que, al haber convertido la alienidad del idioma en una máquina de fabricación propia, la sujeción del espíritu a su material de expresión se torna inminente, inescapable. He ahí una trágica alternativa: por una parte debe el escritor recrear el lenguaje ordenándole en base a sus mecanismos conscientes, por otra, es preso de esa obra de su espíritu a través de la cual debe ese espíritu manifestarse.

He empleado el verbo *deber*. Repito que al espíritu le es necesaria la materia para manifestarse —en este caso, una materia infor-

mada por él—. Pero nada repugna más al espíritu que los intermedios, sean ellos los más excelsos, sepulcros blanqueados.

La imposición de los misteriosos fueros del lenguaje sobre la voluntad de quien pretende domeñarlos puede ser —suele ser— una muestra de impericia; pero me complazco en imaginar demonios detrás de estas palabras llamativas. Un minucioso amor físico hacia el verbo puro logra develar problemas de sentido inexistentes para quien no palpa sino el lado significativo del fenómeno. Si los vocablos son, en tanto que signos, representaciones más o menos deformadas —arbitrarias pero imprescindibles— de cosas, su otro carácter, el de ser objetos libres, cuerpos opacos y desobedientes, es primario e íntegro. La percepción es certera; la intelección imprecisa. Así, los cimientos de la poesía son más firmes que los del discurso de ideas: en ella el lenguaje es medio y fin en perfecto ajustamiento.

El discurso de ideas se mide en un ritmo propio y crea una atmósfera suya en que un nuevo orden —todo orden es nuevo, por esencia— trae correspondencias, relaciones, equivalencias y claridades artificiosas y violentas, que se obtienen maltratando la dulce oscuridad de la naturaleza (el lenguaje, como toda formación, *es naturaleza*) con extremado e implacable rigor. Dentro de la claridad que confiere el espíritu al lenguaje todo puede explicarse y, en una reducida medida, entenderse. El gobierno ilumina y allana los caminos, volviendo los encuentros exactos y precisos, dirigiendo las operaciones y organizándose infinitamente ante espejos encontrados.

La palabra *tu* aparece alguna vez en los poemas contemporáneos sin que sea fácil diluirla en la composición. No tanto que se destaque en el verso sino que, inseparable del poema, se abre a consideraciones e involucra alusiones ajenas a su pura presencia poética. Se ofrece al

análisis más dócilmente que alguna otra palabra menos consumible. En efecto: el pronombre supone una identificación con su objeto más lograda que el sustantivo, siempre fluctuante entre su materialidad —su ser sonido puro— y el carácter semiótico que le postula una absoluta destructibilidad. No hay en él una condición transitiva, sino de identidad. El pronombre es relativamente prescindible. Pues bien: prescindible es aquello que, carente de gravidez y acento propio, no se impone y admite una sustitución adecuada. Este aserto se cumple virtualmente en el caso de elementos que son medios de expresión de otros. Cuando uno de estos elementos es anulable debemos pensar que su adecuación al objeto es tan perfecta que vuelve inútil y vana su mera existencia. Una función perfectamente cumplida es una función que no es.

Conserva el pronombre por esta transparencia una cercanía fuerte, cálida. De ahí que sorprenda su acentuación al lado de otras palabras. Sin embargo, el verso recibe una luz, un sentido por la habitación. Su frase es insoluble, irreductible: no constituye un bien que pueda ubicarse en nuestra forma. Se mantiene por sí. El problema se muestra ahora agudizado. Nos encontramos frente a un *tu* que no puede ser referido a un imaginable sujeto. La base psicológica podrá ser tenida en cuenta, aunque luego sea ignorada, por atender al sujeto y no a sus construcciones, que es lo que interesa por el momento.

Una tendencia nos dirige hacia una segunda persona. Ha de distinguirse del egoísmo individual, que ha menester la tensión hostil de la sociedad para manifestarse (y crearse) —aquí no puede hablarse de latencias: aparición y existencia coinciden—. Se destacará también del instinto sexual y, en general, de toda suerte de apetitos, si bien rara vez suele presentarse sola, no incluída como nota menor de estos tropismos. Pues no procura borrar vanamente la naturaleza de *otra cosa*, de *no*

yo, que reside en el objeto o, mejor dicho, en cualquier posición del objeto con respecto a nosotros. No se buscan mutuas reducciones —siempre fallidas— que logran acercamientos virtuales en el tiempo. La insistencia en el *tu* de los místicos y poetas refuerza verbalmente la dualidad sujeto-objeto. En palabras, dentro del medio humano de conocer y expresar, los contrarios existen y sólo en base a ellos es posible el pensamiento.

El *tu*, en muchos casos, no designa un ser otro que el sujeto que lo pronuncia: a sí mismo se habla, aún cuando se distinga la participación de la observación, constituyendo un par muy diferenciable. Diferenciable en quienes se analizan y dominan, pues las percepciones que nos ponen en comunicación con el alma casi nunca son bien distinguidas de los mismos contenidos anímicos percibidos, por lo cual la vida fluye confusa, indistinta, total, sin ese rigor no muy resistente que el hombre aplica a los procesos vitales, y que parece ser su mayor gloria. Quienes expresan algo sin dirigirse a nadie ni a nada cumplen una misión cuyo alcance y significación no se logra apresar en términos claros. Hay una fuerte tentación a creer que el mismo sujeto es el origen y el fin del verbo. De él partiría y en él fenecería esta extraña excursión por el mundo. Pero la explicación no satisface, y no tanto por demasiado torpe como por no ceñirse a la cuestión. Pues lo que nos preocupa es más el producto que su creador o su lector o las relaciones de unas cosas con otras. Parecería que no quedara razón alguna para continuar escribiendo, pero sí nos queda este consejo: debe procurarse llevar los problemas a un punto en que tan sólo el silencio sea la solución, y en que las palabras y sus ideas sean sentidas como anticipaciones imperfectas del silencio.

Al acercarse —o al procurar acercarse— a un objeto cualquiera,

sin obligar a las partes que le rodean a ordenarse de acuerdo a nexos significativos, se corre el riesgo de naufragar en él, de ser devorados por él y —una de las numerosas y trágicas consecuencias— no verle ya más. Una contemplación larga e intensa, una concentración de sí mismo que arme y permita vertirse al exterior sin peligro de perderse, una suficiente flexibilidad, autorizarían a emprender tal faena. No hay que asimilar; asimilar es incorporarse las cosas transformándolas no en lo que quiero, sino en lo que fatalmente me es impuesto para siempre: mi sustancia. Conservando distancias se observarán las palabras. Y quizá conozcamos su apariencia; la esencia... ¿hay algo que no sea, en el fondo? Observo que lo que entiendo muere y lo incomprendible permanece. Se amarra a mi memoria lo que se ofrece inconexo, misterioso; lo claro se disuelve, dejando en vez de palabras otros elementos capaces de ser manifiestos por medios diversos, reemplazables en principio los unos por los otros.

Ha sido una idea popular —ello exige, por lo menos, consideración— la de atribuir una exacta y perfecta canjeabilidad de las palabras por las ideas que crea su unión. Se reconoce que las palabras resisten a menudo la reducción a conceptos, y ello suele interpretarse como una impericia por parte de quien las maneja. Así es; pero, esto aparte, sería deseable entender un simple hecho cotidiano: la tendencia de las palabras a emanciparse y alterar nuestros propósitos de significación. Es una casualidad molesta que provendría de un dominio incompleto —se dice—, las palabras no tienen un dios aparte que se interese en infundirles direcciones misteriosas, ajenas a un control. Cuando un elemento se escapa de las manos no habrá que concluir que por propio designio procedió así, sino que nuestra debilidad mancó los apoyos que encontraba.

¿Puede darse que algo sea expresión directa y exacta de otro algo? La respuesta negativa es antigua y angustiada. Toda diferenciación, todo divorcio, toda servidumbre es un moroso pecado contra la fluencia del vivir, compuesta de momentos grandes y oscuros. Una frase es un momento; en ella podremos pararnos, sustrayéndola vanamente a la muerte, para tener en su lugar elementos recortados, consistentes, clasificables. Una explicación es una permuta cuyas compensaciones no aplacan más que a una parte del hombre. La inteligencia exige una fijación firme, muy dolorosa, contra la cual protestan las inclinaciones más acusadas del ser humano. La variación, la inconsciencia, la muerte constante y sucesiva de estados en que el hombre se siente perdido y, sin embargo, abrigado, parecen ser las pendientes más concurridas y más cálidamente "humanas". La expresión se opone a esta huída frenética, trayendo consigo un imperativo de claridad y de permanencia. Pero no pierde su carácter ajeno, lejano, antipático. No es eso lo que se busca en una expresión cualquiera.

El anhelo del hombre es sumergirse en el significado sin percibir la presencia del instrumento expresivo. Únicamente el sentido total y único de una frase puede la inteligencia captar. Las resonancias accesorias de esa multitud de vocablos que expresan una idea no pueden ser reconocidas, sino, por el contrario, ignoradas o rechazadas como inútiles e irrelevantes. Se parte del supuesto que las posibles sugerencias, incoherencias, contradicciones literales y otras escorias más o menos inevitables de un discurso, han de ser ahogadas, desplazadas y oscurecidas por un pensamiento rector. Verdad es que las palabras no son elementos químicamente puros cuya combinación produzca un cuerpo neto (los químicos, por su parte, nunca dejan de citar esas *porciones despreciables* accesorias de todo experimento). Será menester, por consiguiente,

procurar abstraer de un conjunto de vocablos su dirección sola, olvidando la realidad discordante e incómoda que ese conjunto trae consigo por la mera virtud de su presencia. Esta última recomendación no ha de entenderse como mandamiento o imperativo alguno. Lo cierto es que la deseable actitud abstracta es mucho más frecuente que la perceptibilidad suspicaz que se le opone. El esfuerzo se requiere para apreciar la gama de variadas impresiones suscitadas por una expresión cuyo objeto, claro y definido, es remoto a toda concreción innecesaria, descentrada. Hay que reprimir con violencia el movimiento natural de la mente, morando forzosamente en un punto aislado y sin sentido que tan sólo el tiempo coloreará y manifestará con propio relieve.

El recuerdo concentrado otorgará significación hasta la nada. Y al decir esto caigo en una contradicción. ¿Pues qué, no es el recuerdo un sustraerse a la fluencia vital, una masturbación deformadora que engendra fantasmagorías e ilusiones estáticas, inadecuadas, eternas? Recordar es huir, refugiarse, escamotear la verdadera huída, el auténtico asilo... Parece y es contradictorio que para percibir algo concreto y, según se dice, inevitable —los materiales despreciables, hondamente sugestivos de la frase— se acuda a las facultades de la inteligencia, esterilizando en el recuerdo las impresiones de los sentidos. Por otra parte, bien podría ser que el recuerdo de tales impresiones sensoriales fuera más un trasunto de procesos internos que afloran en el acto recordatorio que no una fiel reproducción de la sensación experimentada. En todo caso, siempre tendrían una razón de ser estas impresiones, ya experimentadas, ya creadas por la fantasía, pues su mera presentación señala un problema considerable.

El problema que se presenta en la expresión por medio del lenguaje no es sino un caso aislado de un hecho universal: la expresión de sen-

tido debe realizarse con instrumentos que, siendo por una parte inseparables de la determinada y voluntaria significación que otorga su conjunto, tienden a independizarse y destacarse los unos de los otros, convirtiendo el objetivo principal y único que la razón exige en una acentuación caótica más. Cada cual observa la forma que sus condiciones le permiten. Pero es posible que no logre no percibir la arbitrariedad y la limitación de su punto de vista, aunque ello no le autorice a encontrar remedio alguno, ni tampoco a creer, lo que sería más sabio, en la necesidad de tal remedio. Las direcciones accesorias que señalan las rebeldes partes de un todo no pueden ser ignoradas sin resentimientos. No quiero decir que sea preciso comprenderlas; pienso que basta con poseer una noción de su presencia, pues el peligro del ser creador radica no sólo en el desconocimiento del material de su trabajo, sino también, y preferentemente, en una conciencia demasiado prolija de la fundamental opacidad de ese material, de su resistencia a ser portavoz de algo. Una faz de las cosas es cerrarse al exterior y resistir la inclusión en sistemas, órdenes, organismos. Estos, por su parte, existen en función del esfuerzo continuo por no abrirse, por no dispersarse, por vencer en cada momento la pluralidad que niegan y de la que se nutren. La muerte parecería ser, entonces, el triunfo de la pluralidad sobre la unidad. Pero la recíproca no se cumple, puesto que la vida es más un anhelo de unidad que una unidad. (Pido perdón por esta ilustración casi personal, que se aplica, sin embargo, a problemas que rebasan los fueros de los compuestos del carbono y su comportamiento usual).

Un antagonismo del instrumental expresivo con el sentido que a su través ha de manifestarse no supone otra cosa que un punto de vista cómodo para apreciar fenómenos vastos y reacios a toda abstracción precipitada. La forma determina una significación inmediata, pero esta

significación no es última, sino que puede y debe ser transitoria. Claro está que antes ha de procurarse percibir los variados acentos señalados por la forma primera (la significación intelectual es un orden de realidad no diferente, en esencia, del orden de la gramática; el sentido parecería situarse más allá de ambos planos, a pesar de apoyarse en ellos). Pero las sugerencias de la forma no son de naturaleza abstracta sino íntegra, confusa, compleja. Su acción no requiere condiciones previas por parte de quien las siente, pues se desarrollan en el tiempo y no son sometibles a transformación alguna. He aquí la esencia del ser concreto, poético: no ser transformable. Un *estar ahí* sosegado y sereno. El movimiento y la muerte son reservados a quien corre extremado detrás de los contrarios, disperso y sin centro.

El objetivo que infundimos a un material mata o procura matar a ese material. En efecto: se le exige que se torne invisible, que se destruya para transparentar lo que nos venga en gana. No es extraño, pues, que el instrumento se resista a ser aniquilado en aras de un significado intelectual que, bien considerado, es también un instrumento. Respetar el carácter concreto de las cosas y no obligarlas a fines ulteriores es una actitud rendida y de apariencias poco eficaz, pero lo cierto es que la riqueza de matices y la diversidad brillante que adquieren entonces los medios de expresión —medios y fines ahora— compensa la vigorosa diafanidad perdida.

En el caso de la literatura no se puede observar este fenómeno claramente tomando como base el material que se brinda: es casi imposible sentir en dos planos de la conciencia al mismo tiempo, o, mejor dicho, es imposible crearse el órgano que interprete una realidad cualquiera en forma de un par contrapuesto, sincrónico. La poesía pura y la prosa pura suprimirían virtualmente esta posible dualidad, por ser sustancias

puras, perceptibles exhaustivamente. Tan sólo en estos casos extremos es admisible una actitud unívoca y serena, en los otros —todos— la ambigüedad es idealmente deseable. Por supuesto que tales conclusiones señalan tendencias y no pretenden ser consejos prácticos. Pues, en verdad, si dije que una posición cualquiera era difícil, reconocía que la cuestión se planteaba en términos conscientes, convirtiéndose en imperativo, en vez de resolverse como fatalmente se resolvería dejada a sí misma. La actitud indefinida, ambigua, fluctuante, tiene características de primitivismo, pero puede verse como una meta deseable por su plasticidad y receptividad. Por ejemplo: el no centrar la atención en el significado de lo que se escucha nos hace sentir sueltos, vacíos e irritados por una sensación que no trae el sentido que habitualmente se le solicita. Y acaso observamos que se puede atender a los gestos, a las peculiaridades de la dicción, a las modulaciones y al tono de voz, y recibir la impresión vaga pero segura de que nos ocupamos de algo más fundamental y más significativo y más rico de sentido que el sentido inmediato de las palabras oídas. Por supuesto: al proceder así se corta un movimiento natural del espíritu. Hay una detención anormal y un hurto del objetivo obvio de nuestra atención. Pero esto es tan sólo un juicio inmediato —casi reactivo— que confunde un transcurso usual con una función (la distinción es tal vez una ingenuidad). Lo cierto es que no existen objetivos obvios. La mera conjunción de las dos palabras tiene el énfasis inocente de atribuir al objeto designios en consonancia con los nuestros. ¡Esa perfecta consonancia de una ilusoria obediencia!

El dominio es aparente, a menudo ni siquiera eso, pero hay compensaciones fuertes: podemos atribuir sentido al objeto. En primer lugar, incluyéndole en un sistema de propia fabricación donde las respectivas relaciones de unos términos con otros otorguen significación

al conjunto y tornen imprescindible cada elemento dentro del todo. Luego, y ésta es la tarea más delicada, obligarle a rebelarse por sí mismo, acuciándole y aislándole del resto, para que la ausencia de nexos deje al desnudo su esencia. Esencia que se ofrecerá a una primera inspección como una nada insignificante: apariencia siempre presente al suprimir los atributos por los cuales definimos pero no captamos algo. La investigación tiene el peligro de resolverse en devaneos caprichosos. Es un hecho lamentable y cierto que los problemas fundamentales han suscitado una chirle verborrea, mientras los detalles minúsculos de cualquier ciencia son finamente explicados. Verdad es que lo fundamental suele ofrecerse en forma de evidencia y lo accesorio, si bien puede ser estudiado con prolijidad y racionalizado con exactitud, se muestra intrincado y confuso a primera vista. Pero se entrega de una vez y le convertimos en un recuerdo cuyo funcionamiento conocemos. No así las cuestiones esenciales, que pueden ser un mal humor y hasta una vanidad para el hombre, nunca un recuerdo. La preferencia dependerá de los individuos: no hay reglas. Hay quien prefiere la posesión —en este caso el recuerdo de un hecho perfectamente construido y cognoscible— a la pérdida incesante y el recobrar momentáneo de un estado esencial. Pues al prepararnos a percibir y a acentuar lo que el objeto acaso manifieste, debemos desprendernos de toda formación conceptual aceptada y, en general, de toda forma: se recibe sin procurar tener. Esforzándonos en ser transparentes y no apropiarnos lo inefablemente ajeno.

Es un poco fastidioso hablar de actitudes y posturas y únicamente mentar el motivo que las determina. Yo desearía, volviendo al tema inicial, intentar oír esa música de la palabra sola y transmitir mi experiencia. La segunda parte de la tarea es tan ardua que cejo antes de comenzar. No se me oculta que invalido así todo lo dicho, pero tengo

la esperanza que mis divagaciones sean tomadas como aproximaciones bien intencionadas, aunque torpes, a una realidad muy simple y muy desconcertante.

Resumiré mi pensamiento: el significado es uno con su expresión, aun cuando, virtualmente, puede elegirla. Mas, por una parte, el medio expresivo —la palabra— tiene un significado propio que se yuxtapone al significado del conjunto de palabras burlándose de los designios de quien la maneja y, por otra, el sentido anhela trascender toda expresión, toda formación sometida a las vicisitudes de los objetos naturales (el lenguaje, aunque una recreación significativa de la naturaleza, es también naturaleza en tanto y cuanto es una *formación dada*). La palabra se resiste a ser aniquilada, es decir: a cumplir una función que le exige absoluta imperceptibilidad. El sentido aparece irremediablemente fracturado dentro de una cláusula, siendo en gran parte creado por la gramática —sintaxis y hasta prosodia— y debiendo someterse a una esclavitud que es su propia condición de existencia. El estilo es el hombre y su muerte.

PATRICIO CANTO

PALINURO INSOMNE

"Nudus in ignota, Palinure, Jacebis harena"
(ENEIDA V. 371)

*Las olas y las algas y las alas,
Los caracoles rotos y sonoros,
La sal y el yodo, las tormentas malas,
Los delfines inciertos y los coros*

*De sirenas cansadas de cantar,
No te reemplazarán las tierras suaves
Donde vagabas con el quieto andar
Que aleja siempre a las profundas naves.*

*Palinuro: tu rostro clausurado
Y marítimo ofrece a la serena
Noche insomnios. Desnudo y acostado*

*Perpetuarás tus muertes en la arena,
Y crecerán con distracción de piedra
Tus uñas y tu pelo entre la hiedra.*

EL PERRO DE CORNELIO AGRIPA

“...andaba siempre acompañado por un demonio familiar que revestía la forma de un gran perro negro. Al morir, abjurando de sus trabajos de magia, lo apostrofó de la siguiente manera: ¡Vete, animal maldito, entera causa de mi destrucción!”.

LEWIS SPENCE: *Enciclopedia de Ocultismo*

*Réprobo y mudo, atravesaba el hondo
Campo siguiendo un leve rastro frío.
Fielmente reflejábase en el fondo
De su mirada agonizante el río.*

*Subalterno y feroz iba buscando
La luna repetida, fragmentada,
Y una azul protección de agua imantada
Que guardara los sueños. Adorando*

*Paredes, charcos, árboles, basura,
Quedaba inmóvil en la tierra oscura.
Ladraba llantos, sin tener descanso,*

*Y conturbado por la noche en calma
Lo vió a Cornelio Agripa en un remanso
Llevándole en su oblicuo espejo el alma.*

SILVINA OCAMPO

E L P A S T O R H A L L ¹

ACTO TERCERO

Un día más tarde

SALA ÍNTIMA EN CASA DEL GENERAL PAULO VON GROTJAHN. — *Al fondo y a la derecha del espectador, puertas. Pesados muebles de roble y sillones tapizados en cuero. Sobre el escritorio cuelga un retrato del rey Federico II. Sobre una biblioteca baja, un cuadro de Antón Werner: "Fundación del Imperio alemán en Versailles". Sobre el escritorio hay un león de bronce. En el rincón, sobre un alto zócalo, el busto de la Venus de Milo.*

Sala y muebles están prolijamente limpios y ordenados. Sobre el escritorio, libre de papeles y libros, hay lápices dispuestos como soldados. De cuando en cuando, mientras habla, el General toma un lápiz y lo "ordena". Sólo un militar sabe por qué. FIDEL PIPERMANN, de pie ante el GENERAL, que está sentado al escritorio.

GROTJAHN. — ¿En qué puedo servirle, señor...?

PIPERMANN. — Pipermann, Excelencia, Fidel Pipermann.

GROTJAHN. — Señor Pipermann.

PIPERMANN. — Por supuesto que yo he querido también servir a la patria. Sin embargo, los médicos me exceptuaron a causa de una fístula gástrica crónica. Y yo querría subrayar ésto, porque hay malas

¹ Véanse los dos primeros actos en SUR, números 56 y 57.

lenguas. La úlcera gástrica, por desgracia, siempre me da trabajo. A los médicos, por supuesto, eso les parece bien y barato. Sin embargo, a mí me resulta caro.

GROTJAHN. — Interesante.

PIPERMANN. — Está bien de su parte, Excelencia, que me comprenda. Por supuesto que la gente comprende a los perros y a los gatos y demás alimañas. Sin embargo, ante la palabra enfermedad huyen como la liebre ante el cazador. Y, con todo, cada enfermedad es bien considerada por Dios en su plan inescrutable y el prójimo debería alegrarse y agradecer por su experiencia de ella.

GROTJAHN. — ¡Hum!

PIPERMANN. — Excelencia, ¿me ha olvidado efectiva y verdaderamente? Por supuesto que mis ojos estaban desnudos aquel día memorable, y ahora llevo anteojos azules, y cuando claudica el estómago, claudican también los ojos. Sin embargo, son tan sólo anteojos de protección.

GROTJAHN. — ¿Nos hemos encontrado alguna vez ya, señor?

PIPERMANN. — Su Excelencia me encargó un par de botines de charol marrón con elásticos, cuando la finada señora de su Excelencia vivía todavía. Por supuesto, tuve que pensarlo. El charol marrón tiende a arrugarse un poco, más o menos, a rajarse un poco, más o menos. Sin embargo, creo haber servido a Su Excelencia concienzudamente.

GROTJAHN. — Naturalmente, el zapatero Pipermann. (PIPERMANN se estremece porque el General no lo ha llamado maestro.)

PIPERMANN. — ¿Y por qué Su Excelencia, si se me permite preguntar, me ha retirado su altísima clientela?

GROTJAHN. — Mi querido Pipermann, no lo tome a mal. Ahora llevo botines de fábrica que no son tan lindos y elegantes como los suyos, pero son más baratos.

PIPERMANN. — Ah, son los malos tiempos, los muy malos tiempos.

(GROTJAHN piensa que el objeto de la visita ha terminado y hace ademán de levantarse.)

PIPERMANN (*interrumpiéndolo*). — ¿Por ejemplo, quién hubiera creído lo del Pastor Hall?

GROTJAHN (*atento*). — ¿Tiene usted noticias del Pastor Hall?

PIPERMANN. — Por supuesto, no soy sino un sencillo maestro zapatero. Sin embargo, en mis horas libres soy consejero consistorial de mi iglesia. Ya me lo veía venir. Mis advertencias fueron dichas al aire, y, por desgracia, el Pastor Hall estaba también en el aire. Ahora es demasiado tarde.

GROTJAHN. — Hable sin rodeos, hombre. ¿Le ha pasado algo al Pastor Hall?

PIPERMANN. — Por supuesto, la Biblia dice: “sea tu palabra sí, sí; no, no. Lo que de esto exceda, de mal procede”. Sin embargo, esta regla se refiere sólo a las cuestiones de conciencia, y yo sería el último en querer hablar mal del Pastor Hall. Ahora es un pobre preso. Las autoridades competentes le reprochan graves equivocaciones, hasta delitos. El juzgar estas acusaciones está lejos de mi ánimo.

GROTJAHN (*impaciente*). — ¿Quiere decir por fin cuál es el objeto de su visita?

PIPERMANN. — Por supuesto que la feligresía reza por su pastor de almas, y nadie cree en las culpas del párroco, y las iglesias están llenas como nunca y hay que vaciar el tronco de las limosnas cada domingo, de tan lleno que está; sin embargo, creo que eso es falso, y le trae perjuicios al Pastor, y a la feligresía sospecha y persecuciones. Lealtad con honor, y usted es un leal amigo del Pastor, Excelencia, como yo también, por supuesto. Sin embargo, cuando la lealtad no es útil para nadie debemos ser modestos y dejar a la sabiduría de Dios que juzgue rectamente.

GROTJAHN. — Señor maestro zapatero...

PIPERMANN. — Pipermann.

GROTJAHN. — Pipermann: no sé si yo lo juzgo a usted rectamente o no, pero soy sincero. Sobre ello pongo la mano en el fuego. Usted es un miserable trapo, pues Judas estaba hecho de otra estofa. Quédese con sus zapatos y no le eche a perder al Padre Eterno el gusto, por otra parte dudoso, en la así llamada humanidad. Adiós. (*Se levanta.*)

PIPERMANN (*se levanta*). — Por supuesto, nada me queda por decir después de esta inesperada ofensa. Yo digo, sin embargo: el justo debe padecer muchas cosas. (PIPERMANN *se va.*)

GROTJAHN (*lo llama*). — ¡Se dejaba el estuche de los anteojos, señor! (PIPERMANN *va de prisa hasta el escritorio, atrapa sus anteojos y desaparece. En la puerta se topa con CRISTINA. Quiere hablarla, pero ante la mirada amenazadora del General toma la fuga.*)

CRISTINA (*llora en silencio, erguida*). — Perdón. Creo que me ha entrado algo en el ojo.

GROTJAHN. — Bueno, siéntate primero y ten calma. ¿Puedo ofrecerte una copa de vino? ¿O quieres una caña? Coñac español viejo, por lo menos tan bueno como el francés. Algo más dulce, pero gustoso, y un aroma... (*chasquea la lengua.*)

CRISTINA. — No, gracias. Fué espantoso. No lo olvidaré nunca.

GROTJAHN. — Ida dijo que él estaba bien de salud.

CRISTINA. — Tuve la impresión de que está gravemente enfermo.

GROTJAHN. — Estás viendo fantasmas.

CRISTINA. — Una vez vi un tísico, poco antes de su muerte. Irradiaba salud, aparentemente. Me dió miedo e inquietud.

GROTJAHN. — Conozco a tu padre desde que ambos éramos mocosos y robábamos manzanas y colgábamos la ropa blanca a través de la calle. Créeme, es muy resistente. No se deja achicar por nadie.

CRISTINA. — Mamá está desconocida.

GROTJAHN. — Tu madre fué siempre miedosa. Cuando les iba

bien a ustedes, tan bien como puede desearse, guardaba en la despensa montes de embutidos y conservas en provisión, siempre temiendo que habrían de pasar algún día estrecheces y hambre.

CRISTINA. — Ha puesto el viejo reloj de música en el dormitorio y lo hace tocar día y noche.

GROTJAHN. — “¿El dios que hizo crecer el hierro no quiere tener esclavos?” El canto de “alta traición”... ¿No teme que la denuncien?

CRISTINA. — Al contrario. Abre las ventanas para que todos los vecinos puedan oírlo.

GROTJAHN. — Raro. (*Pausa.*)

CRISTINA. — ¿Tienes noticias de Werner?

GROTJAHN. — Una carta de ocho páginas. Escribe que Nueva York es una selva virgen. La gente se agita por todos lados, como si cada día hubiera que abrir nuevas pisadas en la maleza. Confunden a los rascacielos con el cielo y a la Bolsa con la escala de Jacob. Pero no se dejan tapar la boca. Esto es lo principal, ¿no?... Por lo demás, le va muy bien.

CRISTINA (*vacilando*). — ¿No pregunta por mí?

GROTJAHN. — Naturalmente. Está triste de que hayas disuelto el compromiso...

CRISTINA. — La noche en que arrestaron a papá, y Werner me dijo que papá había sido imprudente y que debía haber pensado en los que le habían escrito las cartas, me dió un dolor... Era como si un extraño me hablara.

GROTJAHN. — Pero tú ya conocías sus puntos de vista.

CRISTINA. — Él no se puso del lado de papá. Habló de la injusticia que clamaba al cielo como de una fórmula astronómica.

GROTJAHN. — Siempre ha sido así. Cuando se fugó mi mujer, él era todavía un niño. No preguntó nunca por su madre, y yo creía que fuese olvidadizo, como todos los niños. Una noche lo atisbé mien-

tras jugaba. Había tallado en madera un hombre y una mujer. El hombre era yo y la mujer su madre. Les echó un sermón a los dos, diciéndoles que se merecían lo que les había pasado.

CRISTINA. — Hay situaciones en la vida en que un hombre debe decidir, en pro o en contra.

GROTJAHN. — Si Werner estuviera aquí te contestaría que tampoco decide uno por Júpiter o contra Marte. Él llama a eso objetividad.

CRISTINA. — Yo lo llamo no tener corazón... Si antes alguien me hubiese dicho que no habría de casarme con un hombre porque pensara distinto a mí, lo habría tenido por loco de atar.

GROTJAHN. — Sí, hija mía. Vivimos en una época en que la política se mete en nuestra casa por el agujero de la llave. Conozco familias donde la hija odia al padre, y la madre al hijo, por ser uno conservador y el otro liberal, éste nazi y aquél comunista.

CRISTINA (*después de un silencio*). — ¿Crees tú que papá sería liberado si yo me casara con Fritz Gerte?

GROTJAHN. — ¿Ese individuo repelente? ¿Tal idea disparatada proviene de tu madre?

CRISTINA. — No. Mamá ya no menciona a ese hombre. Si mamá me lo aconsejara, yo no lo haría. Por llevarle la contra.

GROTJAHN. — Por principio, nunca me meto en los asuntos privados ajenos. Se cae siempre mal y, al fin, ambas partes en discordia se ligan contra el conciliador. Por eso me cuidé de hacer la menor observación cuando te separaste de Werner. Pero ahora, ¡qué diantre! tengo que hablar. Siempre me pareciste una muchacha recta, nada sentimental, que sabe lo que quiere, llama a las cosas por su nombre y tiene el corazón en su sitio. ¿Quieres hacer de mártir barata, de hija que se sacrifica por su padre? Por favor, deja eso a las estrellas de cine y a las heroínas de las novelas populares. Además, ese

paso sería una tontería mayúscula. Te arruinarías y no ayudarías en nada a tu padre.

CRISTINA. — No tengo pasta de mártir. Cierto es.

GROTJAHN. — Entonces...

CRISTINA. — Yo preferiría... (*Se interrumpe.*)

GROTJAHN. — Vamos, habla.

CRISTINA. — Ser tu nuera.

GROTJAHN. — Para serlo tendrías que aceptar a mi hijo.

CRISTINA. — Werner es insoportable.

GROTJAHN. — Volveríamos a lo mismo.

CRISTINA. — ¿Puedes explicármelo, tío Paulo? Lo encuentro insoportable, y a pesar de eso...

GROTJAHN. — Lo amas ¿No?

CRISTINA (*en voz baja*). — Primero tiene que estar libre papá.

GROTJAHN. — Lo envidio al muchacho, sabe Dios... No habría faltado mucho para que yo pidiera tu mano personalmente.

CRISTINA (*riendo*). — Y yo habría dicho sí. Y entonces habría sido demasiado tarde para que te retiraras. (*Golpean la puerta.*)

GROTJAHN. — Discúlpame. ¡Adelante! (*Entra JULIA, confundida y excitada.*)

JULIA. — Quería hablar con la señorita Cristina.

GROTJAHN (*levantándose*). — Me voy al otro cuarto.

CRISTINA. — No, quédate. ¿Qué hay? ¿Le pasó algo a mamá?

JULIA. — A la señora no.

CRISTINA. — ¡A papá!

JULIA. — El señor Pastor...

GROTJAHN. — Hable por fin.

JULIA. — El señor Pastor espera abajo en un taxi...

GROTJAHN. — ¿Por eso te mueves como una gallina alborotada? Cristinita, ¡tu padre está libre!

CRISTINA. — ¿Mamá lo sabe?

JULIA. — Cuando iba de compras, un hombre parado en la esquina me tocó la espalda. Yo grité de susto, pues era oscuro, y entonces reconocí al señor Pastor... Me dijo que deseaba hablar con la señorita, yo le dije que usted estaba aquí... Creo que no anda bien de la cabeza...

GROTJAHN. — Está bien... Voy al taxi. (*La sirvienta sale, seguida por el General. CRISTINA llora en silencio. El escenario queda vacío unos minutos. Entran el General y el Pastor HALL. HALL lleva puesta una capa aldeana gastada y un sombrero muy viejo demasiado chico. Está enflaquecido y sin afeitar. Sus ojos flamean inciertos como los de una bestia acorralada.*)

HALL. — Da llave a la puerta. (*Se oye el ruido de una cadena y de una llave girando en el candado. CRISTINA ha saltado de la silla y abraza a su padre sin hablar. Lo guía con cuidado hasta un sillón, en el que se deja caer HALL. El General ha vuelto. Toma una botella de vino, llena una copa y la sirve a HALL, que la vacía de un trago. El General vuelve a salir y retorna con carne fría, pan y manteca, que alcanza a HALL en silencio. HALL corta un trozo, pero luego aparta el plato.*)

HALL. — No puedo... ¡El corazón!

GROTJAHN. — Hago preparar la cama, Federico. Debes descansar. Mañana será otro día.

HALL. — ¿Dónde está Ida?

CRISTINA. — Es probable que esté en casa.

HALL. — Ve a buscarla, Cristinita. (*CRISTINA sale. Se oye el ruido del candado y la cadena que cae.*)

HALL. — No puedo oír ese ruido...

GROTJAHN (*llena la copa de HALL y se sirve también una copa*). — ¡Salud, Federico! ¡Por ti... y por la libertad! (*Bebe su copa.*)

HALL. — Me fugué del campamento.

GROTJAHN. — ¡Eso se llama coraje!

HALL. — No fué coraje. Fué miedo. Miserable miedo. (*Mira ante sí abstraído.*)

GROTJAHN. — Todo verdadero héroe tiene miedo. Cuando se domina es cuando empieza la valentía. En Verdún, al entrar bajo el fuego graneado me pasó algo muy humano. Me avergoncé como una monja. El monóculo se me cayó al suelo, de susto. Entonces apreté... los dientes, y con la facha más indiferente di mis órdenes.

HALL. — Un hombre joven perdió su vida por mi causa.

GROTJAHN. — Bueno. Cuenta todo con orden.

HALL. — Fuí condenado a veinticinco palos.

GROTJAHN. — ¡Bandidos!

HALL. — Yo provoqué el castigo, porque fuí orgulloso y quise mostrar que soy fuerte... Me apartaron. Pasaba por el patio y miré al cielo nocturno, y las estrellas estaban tan lejos que me dió frío. Empecé a llorar y recé: Señor, ¡no me obligues a beber de este cáliz!... El día antes tuve que presenciar cómo azotaban a un septuagenario. Estaba atado al potro, dos nazis lo golpeaban con correas. Él tuvo que contar los golpes. Nosotros estábamos formados en cuadro. Cuando después del décimo azote empezó a gritar le pusieron una mordaza... Tenga piedad de mí, le dije al gendarme que me acompañaba. Entonces me tomó del brazo y me llevó a un lugar del alambrado de púa que no tenía carga eléctrica y me dijo: "corra", y yo corrí. Cuando oí tirar tras de mí me di vuelta. En el campamento habían descubierto mi fuga. Brillaron reflectores. Vi a mi salvador desplomarse, tocado de un balazo.

GROTJAHN (*consolándolo*). — Quizá te equivocaste. Quizá ese valiente estaba únicamente herido.

HALL. — Que Dios me perdone. Sería más espantoso. Le harían morir diez muertes.

GROTJAHN. — ¿No te han perseguido?

HALL. — Corrí hasta la aldea próxima. Un aldeano me recogió, me escondió, me regaló su capa, su sombrero, y al día siguiente me condujo al suburbio, escondido en un carro de pasto. (*Unos segundos de silencio.*)

GROTJAHN (*levantándose*). — Con tu permiso.

HALL. — ¿Adónde vas?

GROTJAHN. — Voy a ponerme mi uniforme de gala, con condecoraciones, la cruz de hierro de primera clase y toda la hojalatería. Voy a ver al Ministro de la Guerra. (*Durante las últimas palabras se oye la campanilla de la puerta. Ésta se abre. Se oye la voz de CRISTINA: ¡ALLÍ ESTÁ SENTADO PAPÁ! IDA se precipita adentro.*)

IDA. — Loado sea Jesucristo.

GROTJAHN (*saliendo*). — Hasta la vista, mis queridos. (GROTJAHN *se va.*)

HALL. — Ida, mi vieja Ida...

IDA. — No hables, mi alma. Ya sé todo.

HALL. — Ida, debo hablar.

IDA. — Ya sé todo.

HALL. — ¡Qué ciego he sido!... yo...

IDA (*acariciando a HALL tiernamente*). — Mi alma..., mi alma querida...

HALL. — Estoy huyendo, Ida. Soy uno que falló en su hora y que te necesita, que necesita tu protección, tu calor, tu corazón tonto y bueno.

IDA. — Huiremos juntos. En alguna parte encontraremos una tierra que nos acoja y gente que nos deje vivir y morir en paz. Soy fuerte, puedo cocinar y coser. Ya encontraré trabajo. Durante dieci-

nueve años me has dado de comer; ahora déjame que me ocupe de ti, querido.

HALL (*sonriendo con ternura*). — Así me llamabas en nuestra luna de miel.

IDA. — Me siento tan liviana y contenta. Creo que todo debía ser como ha sido. Todo este sufrir tenía un sentido.

HALL. — Si somos fuertes lo bastante. (*Entra CRISTINA con precipitación.*)

CRISTINA. — ¡Fuera está Fritz Gerte! Quiere hablarte, mamá.

HALL (*se ha levantado de un salto*). — Ida, al menos se nos debería permitir soñar.

IDA. — ¿Sabe él?

CRISTINA. — No. Fué a casa y preguntó por ti. La mucama lo mandó aquí.

IDA (*a HALL, indicando una puerta a la derecha*). — ¡Entra allí! Ya me libraré de él. (*Empuja a HALL por la puerta derecha*). — Hazlo pasar. (*CRISTINA sale. IDA se sienta en el sillón en que estaba sentado HALL. Se queda serena, erguida y concentrada. Ha cambiado por completo. Entra GERTE.*)

GERTE. — Ahí está usted al fin. La busqué como a un alfiler.

IDA. — ¿Quiere tomar asiento?

GERTE. — Ciertamente. Gracias. ¿Dónde está el General?

IDA. — Eso querría saberlo yo también.

GERTE. — ¿Lo está esperando?

IDA. — ¿Me ha estado buscando para preguntármelo?

GERTE. — Claro que no... ¿Está bien de salud? ¿Le va bien?

IDA. — Muy bien.

GERTE. — ¿Ha sabido algo de su marido?

IDA. — ¡Si lo he visitado ayer!

GERTE. — Naturalmente... ¿De veras no me quiere decir por qué espera al General?

IDA. — Si lo quiere saber a toda costa... Le quería pedir que presentara una queja mía. Una queja sobre usted.

GERTE. — ¿Sobre mí?

IDA. — Sobre usted. Porque usted me concedió sólo quince minutos para hablar con mi marido.

GERTE. — Es ridículo.

IDA. — Para mí no es ridículo de ningún modo. Voy a conseguir que la próxima vez pueda verlo una hora, quizá hasta dos, y sin vigilancia.

GERTE. — Eso tendrá que esperarlo mucho.

IDA. — El General conoce al ayudante del Fuehrer.

GERTE. — Parece de veras que usted no sabe nada.

IDA. — ¿Y qué es lo que tengo que saber?

GERTE. — Su marido se fugó.

IDA. — No entiendo.

GERTE. — Ese es su agradecimiento.

IDA. — ¿Se escapó, dice usted? ¿Se escapó a otro país?

GERTE. — Es posible, pero no muy verosímil.

IDA. — Por favor; ¿puedo contárselo a Cristina?

GERTE. — No. Tengo que hablar con usted, Ida. Siempre he sido su amigo. Yo la salvé de la cárcel.

IDA (*mordaz*). — Cristina rompió su compromiso con Werner von Grotjahn.

GERTE. — ¡Que vaya al diablo Cristina! La fuga de su marido puede costarme la cabeza. Ya se me amenazó con una investigación. Se encontrará que yo hice con él diferencias, descubrirán que yo me he interesado por usted. ¿No comprende, Ida? También a usted le va en ello la cabeza.

IDA. — ¿Por qué a mí?

GERTE. — El proceso contra usted se reabrirá. La cárcel no es broma.

IDA. — Por amor de Dios. ¿Es tan grave esto para usted?

GERTE. — Me expulsarán del partido.

IDA. — Entonces tendrá que volver a su ocupación de civil.

GERTE. — ¿Hortera, yo? ¿De la mañana a la noche de pie tras el mostrador, y vender trajes sacados de la fila? Antes me pego un balazo en la cabeza.

IDA. — Esta vez entrará en un negocio ario, por cierto.

GERTE. — Usted tiene que ayudarme... y a sí misma también.

IDA. — ¿Puedo hacerlo?

GERTE. — Claro está... Supongo que su marido se mantiene escondido. Buscará comunicarse con usted de algún modo.

IDA. — ¿Y luego?

GERTE. — ¡Qué dura para entender es usted! En cuanto tenga su dirección me avisa.

IDA. — ¿Yo tengo que traicionar a mi marido?

GERTE. — Le prometo que a su marido no le pasará nada. Voy a interesarme para que quede en libertad.

IDA. — ¿Me lo jura?

GERTE. — Mi palabra de honor.

IDA. — ¿Me la da también por escrito?

GERTE (*vacila un momento, luego*). — Naturalmente. (*En este instante se abre la puerta derecha y entra HALL. GERTE saca su revólver, rápido.*)

GERTE (*al mismo tiempo*). — ¡Manos arriba!

IDA. — ¡Federico, si fué un ardid!

HALL. — Guarde su revólver tranquilamente... Ya sé, Ida, que fué un ardid. Yo no necesito ya más ningún ardid, alma querida.

IDA (*gritando*). — ¡Te van a matar!

HALL (*a IDA*). — El que venció al miedo, ha vencido a la muerte. (*A GERTE*). Sí, Fritz Gerte, tuve miedo. (*GERTE hace un movimiento de impaciencia*). Yo lo he escuchado. Ahora escúcheme a mí... Yo quise evitar la prueba que se me imponía. Fuí cobarde, no tuve ánimo. Por eso me fugué. Me entrego a usted. La celda no ahogará mi voz. Hasta el potro en que me atarán será un púlpito, y la feligresía será tan enorme que ninguna iglesia del mundo podría contenerla. Yo lo acusaré a usted, Fritz Gerte. Le gritaré a la cara que usted es el Anticristo, el corruptor, el enemigo de los hombres. Y si usted me mata, viviré a pesar de ello. La libertad no muere. (*HALL se yergue rígido y se desploma al suelo.*)

IDA (*grita*). — ¡Federico!

CRISTINA (*se precipita adentro*). — ¡Padre! (*También GERTE se inclina ante HALL.*)

GERTE. — Condenado y atrapado, ha huído de todos modos. Está muerto.

CRISTINA. — No ha huído, y usted no es el vencedor. (*La puerta se abre de golpe. Entra el General en uniforme de gala, con condecoraciones.*)

GROTJAHN. — ¡Maldita gente! ¡Nadie tiene coraje civil!

IDA (*mirando al cadáver, sin lágrimas*). — Ya está libre, Paulo. (*GROTJAHN comprende en un instante la situación. Va hacia GERTE.*)

GROTJAHN. — ¡Fuera! (*GERTE sale. GROTJAHN queda. Las dos mujeres se han abrazado.*)

CRISTINA (*en voz baja*). — ¿Qué nos queda?

IDA (*lo mismo*). — Una tumba.

CRISTINA (*con fuerza*). — Un ejemplo.

F I N

ERNST TOLLER

ANDRÉ GIDE Y EL COMUNISMO

Dentro de algunos años, el historiador que trate de rehacer desde adentro la historia de nuestra época, juzgará sin duda de una extrema importancia el problema de las relaciones de André Gide con el comunismo, pues difícilmente se encontrará un síntoma a la vez más noble y más inquietante de una cierta crisis espiritual y política que está lejos de haber terminado, y cuya salida para Francia y para Europa es aún imposible de prever en el momento en que escribo.

Cuando alrededor del año 1932 ya no ofreció dudas la adhesión de Gide al comunismo, muchos espíritus, sobre todo sus admiradores, quedaron sorprendidos y desconcertados. A decir verdad, no les faltaban razones para estarlo. ¿Cómo era posible? Ese moralista que había rehusado elegir la primera regla de su ética, ese anarquista intelectual furiosamente celoso de su libertad, de su "disponibilidad", se adhería a un partido, más aún, a una doctrina, y he aquí que aceptaba una disciplina exterior a su genio, incluso para su obra literaria, no haciéndose mella en declarar: "Tengo miedo al Index". ¿Y no era acaso esta doctrina la última a la cual debiera apegarse un defensor apasionado del individualismo, puesto que remataba en una suerte de religión del Estado, en un holocausto del individuo sobre el altar de la Sociedad?

Pero, desde que uno poníase a reflexionar, la "conversión" aparecía menos ilógica y más explicable. Algunos hasta llegaron a decir que era necesaria. Por fin Gide *elegía*. ¿Acaso no había *buscado* durante toda su vida? Alma religiosa, no cesó de querer una religión, e invencibles fuerzas secretas le impidieron unirse a las confesiones cristianas. Pero el comunismo es también una

religión: propone al hombre un fin que lo sobrepasa, una mística que lo sostiene. Y este fin, que consiste en hacer de la tierra un paraíso, ¿no es el que más podía desear el autor de *Nourritures Terrestres*? ¿Cómo no habría de incidir esta mística fraternal sobre lo que ha quedado de evangélico en el pensamiento giliano? Y la profunda huella que dejaron en este pensamiento los grandes novelistas rusos, particularmente un Dostoiewsky, ¿no lo predisponía a sentir y amar el aspecto eslavo del comunismo realizado históricamente?

Por lo demás, aun considerado en sus tendencias doctrinarias, el comunismo no dejaba de ofrecer una sutil atracción al espíritu de Gide. Misticismo humanitario bajo su dimensión sentimental, es un racionalismo positivista bajo su dimensión intelectual. Resulta bien visible el vínculo de Marx con la *Enciclopedia* y, trascendiendo el siglo de las luces, con la filosofía del Renacimiento. “El Paraíso terrestre está donde yo estoy” —decía Voltaire— y en el pensamiento clásico francés, después de Rabelais, después del mismo Montaigne, existe una vigorosa corriente que tiende a hacer esencialmente de la Razón, sino exclusivamente, la fuerza organizadora de la felicidad terrestre. Ahora bien: Gide, por su cultura más profunda, no ha cesado de enlazarse con esta corriente. El 22 de junio de 1935, al dirigirse a los escritores revolucionarios, se aplicaba a mostrar dicha filiación y se proclamaba en cierta forma comunista porque era clásico y porque sólo repudiaba del clasicismo francés su carácter artificial, que atribuía a las condiciones de desigualdad social y al clima aristocrático y burgués en medio del cual se había desarrollado la literatura clásica.

Hasta el individualismo de Gide respiraba a sus anchas en el aire de Moscú. Porque el comunismo, visto bajo el ángulo de la moral (no de la política), lejos de proclamar la decadencia del individuo, exalta su omnipotencia *. Al enfeudarlo al Estado, lo hace para asegurarle los medios de una vida material más holgada y fácil, liberándolo de las autoridades intermediarias que pueden reprimir la fantasía individual: familia, Iglesia, tradición. Por lo demás, de acuerdo con los términos de la evolución comunista, el Estado mismo debe desaparecer y la ley limitarse a la disciplina de una fábrica en donde los hombres crearán, con el *mínimum* de fatiga, el *máximum* de abundancia. “Es en

* Hago observar que digo *el individuo* y no la *persona*. El comunismo no es anti-individualista, pero es esencialmente antipersonalista. Asegura al individuo la libre satisfacción de sus instintos pero no el libre gobierno de su conciencia. Injerta la persona humana en el Estado y en la clase, pero corta muchas de sus raíces naturales, y entre éstas aquellas que lo enlazan a una familia, a una patria, a una comunidad espiritual.

una sociedad comunista —ha escrito Gide en la época de su primer fervor— donde el individuo, donde la particularidad de cada individuo puede desarrollarse en forma más perfecta: como dice Malraux en un reciente y ya célebre prefacio: *El comunismo restituye al individuo su fertilidad*".

En resumen: el comunismo quiere ser una religión enteramente humana y natural que predica la fraternidad, el espíritu de justicia y de comunidad. Y lo que queda en él de cristianismo degradado no había de disgustar al autor de *Voyage au Congo*, quien propone una ética expurgada de todo ascetismo, deliberadamente vuelta hacia la rehabilitación de los instintos. No había de disgustar al puritano rebelado, al alma deseosa y concupiscente que cree decididamente imposible alcanzar la beatitud por la "puerta estrecha" de la moral cristiana. En cuanto a las teorías económicas y políticas de Marx, va de suyo que a Gide, al adherirse al Comunismo, le preocupaban poco. En una muy importante conversación que tuvo lugar en la sede de la *Union pour la Vérité* el 26 de enero de 1935, entre Gide y algunos de los escritores franceses más representativos (Ramón Fernández, Daniel Halévy, Jean Guéhenno, Henri Massis, Jacques Maritain, François Mauriac, etcétera) no ocultó su incompetencia en esta materia, e incluso su indiferencia. *No es la lectura de Marx lo que me ha llevado al comunismo —declaró—. En modo alguno. He realizado esfuerzos enormes para leerlo... Lo que me hizo llegar al comunismo, y de todo corazón, es el hecho de que la situación que yo me había creado en el mundo, esa situación de favorecido, me parecía intolerable*". Además: "Con mucho gusto y casi sistemáticamente me hago el abogado de todo aquello cuya voz, ordinariamente, se quiere sofocar (pueblos o razas oprimidos, instintos del hombre), de todo aquello que todavía no ha podido o sabido hablar, de todo aquello que todavía no se ha sabido o querido escuchar. Eso es, sin duda, lo que me mueve a otorgar a ciertos instintos del hombre una importancia que yo mismo reconocería como excesiva si fuera el único en dar oídos a sus voces" *.

Por lo tanto, parece bastante justo afirmar que Gide ingresó al comunismo con lo que había en él de mejor y de peor, con ese *mejor* y ese *peor* que, en una frase célebre, se alaba de haber protegido por igual. Lo impulsó, a un mismo tiempo, el sentido aguzado de la justicia, su apetito de comunión humana,

* El proceso verbal de esta conversación ha sido publicado por las ediciones SUR bajo el título: *André Gide y nuestro tiempo*. Es un documento capital de la historia intelectual contemporánea.

de vida heroica, y también la irremediable anarquía de un alma a la cual impacientan las normas y las tradiciones, ajena a la idea misma de un orden que se construye o se acepta.

¿Por qué se ha vuelto atrás? En un primer momento, su *Regreso de la U. R. S. S.* provocó demasiada cólera en unos, a los cuales decepcionaba, y demasiada alegría en otros, quienes se apresuraron a encontrar allí excusas para descargar su conciencia. De ahí que no fuera comprendido. Hoy es posible juzgarlo de una manera más sana.

Sin embargo, la fábula por la cual se abre el *Regreso* no deja dudas acerca de la intención de la obra. Esta fábula cuenta la historia del pequeño Triptolemo, a quien la diosa Démeter extendía sobre las brasas para hacer de él un Dios. Pero su madre, Metaneira, no pudiendo soportar el espectáculo de tan grande sufrimiento, interrumpió la experiencia y “perdió al dios para salvar al niño”. Debemos comprender que la revolución marxista no podía cumplir su obra de divinización del hombre sin exigir del pueblo en el cual se realizaba —sin exigir del pueblo ruso— una enorme suma de heroísmo y de dolor; llegó un momento en que la experiencia pareció demasiado fuerte, demasiado sobrehumana: entonces Stalin dió marcha atrás, la sociedad soviética se aburguesó, la Revolución fué interrumpida —y traicionada... Tal es, bajo un aspecto, el sentido del *Regreso*: no la ruptura con el comunismo sino la ruptura con la U. R. S. S., considerada como habiendo traicionado al comunismo. Se ha dicho que la reacción de Gide era la de un trotskysta, y esto es verdad en cierto modo. Sus cargos contra el gobierno de Stalin son, por ejemplo, el haber restablecido la propiedad privada y la herencia, admitido grandes diferencias de salarios entre las diversas categorías de trabajadores, dictado leyes para reconstituir la familia, restringir la práctica del aborto y las costumbres homosexuales. En una palabra: que haya intentado reconstruir una sociedad adaptada a la condición humana. La cuestión, en efecto, sería saber si la política de Stalin no ha sido impuesta por la naturaleza misma de las cosas; si el comunismo absoluto es practicable entre los hombres que no son santos; si una sociedad puede conservar su equilibrio cuando se pretende abolir sistemáticamente sus subestructuras normales: familia, moralidad, religión; si el orden de la ciudad, por último, puede mantenerse cuando se invita a cada individuo a que se abandone a sus instintos y desencadene el gorila nato que hay en él. Pero Gide

no se plantea en modo alguno esta cuestión. Su actitud, por una parte, es la del anarquista que había soñado con un paraíso comunista en donde el individuo viviera sin ley: y el anarquista está decepcionado e irritado ante una revolución que, también ella, necesitó dictar leyes...

Pero simplificaríamos exageradamente las cosas si sólo viéramos en la reacción de Gide la cólera del "puro" y del intransigente contra la política terrorista de Stalin. Entre los hechos cuyo espectáculo lo hiciera sufrir en la U. R. S. S., existen muchos que no provienen de una desviación del marxismo sino de sus principios mismos. No ha sido al traicionarse sino al cumplirse, en la medida de lo posible, que la Revolución rusa construyó el Estado totalitario y, por ende, reguló la libertad moral de las personas e incluso llegó a abolir su libertad espiritual. En el país de los Soviets, Gide respiró una atmósfera de *conformismo* que le pareció sofocante. El individuo ha de esperar todo del Estado: el pan de su cuerpo y el alimento de su espíritu. El Estado le impone un *gusto* necesariamente malo, ya que la preocupación de la cantidad prima sobre la preocupación de la calidad, una *cultura*, que lejos de tender a liberar la inteligencia la constriñe a pensar dentro de *la norma*, y por fin una mística, que destruye todo espíritu crítico y sustenta en el pueblo, tras la fachada de un vocabulario pretencioso, a un hombre increíble de ignorancia e ingenuidad. Contra esta profanación de la inteligencia y este vasallaje del hombre protesta Gide ásperamente y en dicha protesta resuena todo su humanismo, toda su cultura liberal, todo aquello que hay en él y gracias a lo cual puede ser considerado como el heredero de una civilización inclinada hacia el respeto y la salvación de la personalidad humana.

Protesta noble y bella, sin duda. Cabe preguntarse, empero, si no es también un poco candorosa, si ataca los principios del mal que censura. Entre las razones que han transformado en tiranía el régimen soviético, hay algunas que son específicamente rusas: este pueblo, habituado a siglos de esclavitud, se pliega demasiado pronto, o hasta siente la necesidad de plegarse, a la voluntad arbitraria de un amo. Habiendo asesinado a su zar blanco, ha pedido un zar rojo. Habiendo roto sus iconos, ha querido adorar el cuerpo de Lenin bajo una urna de cristal. Gide pudo presenciar estos hechos y no escondió su desprecio frente a los amos embriagados de orgullo bárbaro, frente a las multitudes resignadas a la genuflexión.

¿Las razones de orden étnico son las únicas? ¿No existen otras que atañen

a la naturaleza misma del comunismo? Y lo que Gide comprueba con espanto ¿no es acaso, concretado por la Revolución Soviética, el rostro gesticulante de su propio error? ¿Cómo, pues? Usted dijo que debemos confiar plenamente en la naturaleza del hombre, que debemos romper todas las reglas, todas las cadenas, todas las disciplinas morales y espirituales; usted aconsejó a su joven camarada a vomitar la tradición de sus antepasados, a imitar a las aladas semillas del sicomoro que sólo pueden germinar y prosperar cuando se sustraen de la sombra paterna. Y después, una vez hecho esto, ¿se sorprende usted al encontrar una sociedad en donde comande de nuevo el egoísmo, en donde los fuertes opriman a los débiles, en donde los hombres astutos sustituyan la dictadura del proletariado con *la dictadura de una burocracia sobre el proletariado*, y en donde el minimum de orden necesario a la persistencia de una ciudad únicamente pueda mantenerse por una sujeción de índole política, o incluso policial?

¿Es a tal punto sorprendente? ¿No era lógico esperar esta bancarrota humana? ¿Qué idea se hace usted del hombre? Usted, que ha leído y comprendido tan profundamente la Biblia y los Griegos, Montaigne y Voltaire, Goethe, Nietzsche y Dostoiewsky ¿pudo creer seriamente que bastaría romper los cuadros de la economía capitalista y de la llamada moral burguesa para convertir a ese ser orgulloso y carnal en un héroe y en un santo? ¿Pudo creer seriamente que le devolvería su pureza entregándolo sin ningún freno a su orgullo y a su carne? ¿Que para alcanzar ese goce exaltador y pacífico que haría de él un dios tranquilo y bueno, le bastaría con poseer las riquezas de la tierra? ¿Cómo si no debiera compartir, inevitablemente, los dolores de la tierra, y la sombra, y el miedo, y el deseo, y la muerte, todos esos sufrimientos y esas necesidades que mantienen en el fondo de su corazón el frenesí y la inquietud y que lo impulsan a seguir el camino del mal cuando se ha cerrado para él el camino de las esperanzas sobrenaturales!

Casi al mismo tiempo que Gide publicaba el *Regreso de la U. R. S. S.*, Céline, en *Mea Culpa**, gritaba al mundo su horror por el régimen soviético y su remordimiento por haber creído en él.

* Ediciones SUR, 1937.

No tengo una afición particularmente viva por el estilo de Céline, estilo frenético, obsceno, plagado voluntariamente de incorrecciones gramaticales y de términos extraídos de todos los “argots”. Confieso mi preferencia por la bella lengua gidiiana, clásica, concisa y densa. Sin duda implica hasta una falta de gusto colocar ambos escritores al mismo nivel de soberanía intelectual y literaria. Y, sin embargo, ¿me atreveré a confesarlo? Encuentro la confesión de Céline mucho más fuerte y emocionante que la de Gide. Su reacción frente al comunismo se inspira en una idea más profunda y más pura. Su crítica llega al fondo del problema. Puede resumirse, sustancialmente, en estas dos proposiciones: 1º El hombre es naturalmente malo y tiene necesidad de ser contenido, gobernado, humillado. 2º El comunismo, continuando y perfeccionando la gran herejía del individualismo liberal, adula el orgullo del hombre: lo persuade de que sus instintos son buenos, de que su vocación consiste en reinar sobre la materia por la máquina y en extraer de la vida terrestre el máximum de goces posibles. A partir de entonces se acabaron las sujeciones morales, se acabó el ímpetu del espíritu, y el hombre cae de nuevo y necesariamente en su fango natal, como la gallina que ha hecho un esfuerzo para revolotear hasta el techo replica bien pronto en el cieno “a comer su propia mugre”.

“El comunismo materialista —dice Céline— es la Materia ante todo, y cuando se trata de materia no es nunca el mejor el que triunfa, es siempre el más cínico, el más astuto, el más brutal. ¡Mirad, si no, en esa U. R. S. S., cómo la guita se ha rehabilitado rápido! ¡Cómo el dinero ha readquirido inmediatamente toda su tiranía! ¡Y todavía al cubo!” Y esto que —por lo menos en cuanto al fondo— es excelente: *“La superioridad práctica de las grandes religiones cristianas es que no doraban la píldora. No trataban de aturdir, no buscaban al elector. Agarraban al hombre en la cuna y le decían cuatro frases autoritarias. Lo ponían en su lugar sin ambajes: Tú, pequeña podredumbre informe, no serás nunca más que una porquería... Desde el nacimiento eres sólo mierda... ¿Me oyes?... ¡Es la evidencia misma, es el principio de todo! Sin embargo, quizás... quizás... mirándolo bien... acaso tengas una pequeña posibilidad de hacerte perdonar el ser como eres, tan inmundo, excremental, increíble... Es poner buena cara a todas las penas, pruebas y miserias de tu breve o larga existencia. En la perfecta humildad. ¡Salva tu alma, y ya es suficiente!... Un punto menos pútrido al reventar que al nacer...”*

“Esto —concluye Céline— era hablar seriamente”. En efecto, eso era fun-

dar la moral sobre las condiciones verdaderas de la naturaleza humana. Era recordar al hombre que su destino es espiritual y que nada, ningún orden social, tan justo y perfecto como pueda imaginarse, lo dispensará de lo que constituye la base de su vocación: el esfuerzo personal para mejorar su naturaleza, para elevarla penosamente hasta el orden de la Caridad y de la Justicia.

¿Podía Gide ignorarlo? Este gran humanista, este espíritu en donde el cristianismo, quiéralo o no, ha dejado su huella, no debió contentarse con criticar la degradación del comunismo que ha pasado de la mística a la política, sin demostrar inquietud ninguna por el valor de esta mística en sí. En ese sentido los *Retoques a mi Regreso de la U. R. S. S.*, publicados algunos meses después del primer folleto, agregaban una idea importante, o mejor dicho esencial, que señalaba, más aun que la requisitoria contra los errores políticos o los fracasos económicos del régimen staliniano, el fin de la experiencia marxista en el pensamiento movedido de Gide.

“Creo —escribía— que es un error pretender y esperar nada más que de las circunstancias sociales diferentes un cambio profundo de la naturaleza humana. Que se me comprenda: este cambio es importante, y basta que aquéllas lo permitan; y es mucho. Pero ellas no lo motivarán. Porque aquí no hay nada mecánico y, sin reforma individual interior, vemos constituirse nuevamente la sociedad burguesa, reaparecer el hombre viejo y desarrollarse nuevamente”.

No sé qué pueda responder un intelectual cristiano a esta frase capital. De ella se desprenden dos grandes llamas de verdad. Primero: debe romperse con el fariseísmo de esos falsos idealistas que afectando una noble indiferencia por la transformación de las *circunstancias sociales*, por la reforma de las estructuras económicas y políticas, confirman en realidad el desorden establecido o, culpa más grave aun, lo cubren bajo la autoridad del espíritu. “No sólo de pan vive el hombre” van repitiendo, y esto les suministra un pretexto para desviar sus miradas de la multitud hambrienta, a menos que no le prediquen —ellos, bien nutridos en cuerpo y alma— las virtudes espirituales de la resignación y del sacrificio. Contra esos privilegiados de la tierra, tan tranquilos, tan perfectamente seguros de encontrar un cielo comfortable al final de su fácil y florido camino, es lógico comprender la cólera de “los esclavos de la tierra”, su negativa a compartir la esperanza adormecedora de un cielo y su voluntad de construir, con la fuerza y el orgullo de su rebelión, un paraíso inmediato. Pero no cesemos de gritarlo en todas las esquinas: esos fariseos bien afianzados no son cris-

tianos verdaderos. Los cristianos verdaderos han aprendido, en el Evangelio de Cristo y en la Teología de la Iglesia, que a una multitud hambrienta se le debe dar *primeramente* de comer, que ninguna perfección espiritual es posible en la miseria corporal y que es *primeramente*, sobre la tierra, donde el Reino de Dios, donde la ley de la justicia y del amor deben instituirse para la libertad del hombre.

Pero también existe la otra verdad, o mejor dicho la otra faz igualmente luminosa de la misma verdad: las únicas revoluciones decididamente valederas son las revoluciones espirituales. Gide lo dice ahora, cuando a su vez desea un cambio profundo de la naturaleza humana, una caducidad del *hombre viejo*, y cuando comprueba que la salvación del mundo depende, en definitiva, de una *reforma individual interior* y no de las *circunstancias sociales*. Quedaría por saber lo que Gide entiende cuando habla de matar al *hombre viejo*... ¿Será el hombre nuevo ese Corydon abandonado a las fantasías del instinto, ese Lafcadio, siempre dispuesto a seguir los caprichos de su inteligencia, o ese Nathanael extasiado ante el uso beatífico de los alimentos terrestres? No se haga Gide ilusiones si tal es su pensamiento: así la humanidad no saldrá de su fango. De una manera, tan sólo, el hombre nuevo hallará la ley de la justicia y del amor: sofocando la rebelión de su naturaleza orgullosa y lujuriosa y respirando, en la razón y en la gracia, la verdadera libertad...

PIERRE-HENRI SIMON

NOTAS

Letras Argentinas

“CRÍTICA Y ESTIMACIÓN”

A pesar de su espíritu incisivo, “concisión sólida, calma y madurez” pide Nietzsche a los autores en la frase que Luis Emilio Soto recoge en el prólogo de su libro. Y son estas virtudes apacibles, potenciadas por un ánimo generoso y por una lucidez tan plena que en ningún momento deja de apoyarse en la simpatía, las que mueven el juicio de Soto, cuyo volumen de *Crítica y estimación* * aparece regido de extremo a extremo por esas cualidades infrecuentes, por esos nobles atributos cuya persistencia concede unidad a sus numerosos capítulos.

Estas reflexiones críticas, pese a lo que pueda sugerir el título del libro, no aspiran a ofrecernos medidas y justiprecios obtenidos mediante la aplicación de un metro invariable. Su *estimativa* no responde al sentido primordial del vocablo, sino que es un movimiento de comprensión abarcante, un fervor que se proyecta a través de un universo elástico y que sabemos verdadero precisamente porque no excluye la inteligencia. Este natural equilibrio de fuerzas, esta dichosa conjunción de elementos, como también las numerosas formas de su inquietud, vinculan a Soto con los críticos que recibieron gozosamente la herencia humanista y que miraron libros y autores con mirada integral.

Si bien los aplomados ensayos de *Crítica y estimación* hacen de la simpatía un punto de partida, ninguna de sus páginas está contaminada de impresionismo, ninguna de sus reflexiones asume el aire de lo momentáneo y circunstancial. En esta hora sin dictamen en que la crítica se aplica a una materia barajada y cambiante, acaso para responder más cumplidamente a las exigencias

* Ediciones SUR, 1938.

de una época indócil a los “modelos” y poco sensible a la experiencia adquirida, las serenas valoraciones de Soto ejercen el resplandor de las obras pensadas con rigor y con gracia.

No es la suya una expresión más de esa crítica emocional que hace algunos años dispuso de facultades extraordinarias en estos países. Antes bien, Soto reacciona contra las formas primarias de censura y alabanza que no responden a directiva estética alguna y que pueden confundirse con un inventario de reflejos condicionados. Pero si no tienen una raíz meramente biológica, tampoco sus exégesis aparecen teñidas de biografía. Ni pretende explicar la obra por el creador ni hace de la crítica un género tributario de la novela.

A la manera de algunos críticos franceses que juzgan los libros con un criterio funcional, clasificándolos en diversas familias y ubicando a sus autores dentro de un proceso literario —procedimiento mediante el cual esos libros se convierten en representación y símbolo de una tendencia o de una orientación preexistente— Soto señala parentescos, rastrea antecedentes, esclarece intenciones, nos muestra el ambiente en que han crecido los textos estudiados, sitúa las obras dentro de una corriente estética, puntualiza las circunstancias de tiempo que han actuado sobre ellas y realiza una ordenación de las fuerzas que han actuado sobre la intimidad de las mismas.

En muchas de sus páginas se refiere a etapas superadas y procesos cumplidos, lo cual deja suponer que atribuye decisiva importancia al elemento temporal y que ciñe sus ágiles juicios a los repliegues de la historia literaria. Este punto de vista es siempre afirmativo y generoso, puesto que declarar superaciones equivale a confiar en un proceso tendido hacia una mayor complejidad, hacia una perspectiva de hora en hora más sutil y delicada. Este párrafo es ejemplar: “Descartes, por supuesto, no tiene la culpa de haber vivido y pensado antes de que sobreviniera el siglo de la historia, pero la cultura presente debe denunciar al cartesianismo y repeler lo que hay en él de pensamiento prehistórico, vale decir, fosilizado”.

Un amoroso y exaltado concepto de generación —tiempo compartido— rige asimismo la labor crítica de Soto, para quien el movimiento literario que se inició en nuestro país poco después de 1920 posee características intransferibles y enérgicos rasgos diferenciales. Pero la idea de generación no es en Soto un resabio del espíritu de aparcería, ni sugiere hostilidad contra aquellos que no

se apresuran a ser nuestros contemporáneos, sino que posee la atracción de un bello mito en el cual se reconocen los hombres confesos de arte.

Si la temporalidad es vigilia constante en este libro, donde las exigencias del mundo actual configuran toda una ética literaria, bueno es agregar que la tierra —nuestra realidad inmediata— también es inquietante en sus páginas. Soto vela junto a nuestro destino, y por eso nos ofrece un haz de agudas observaciones sobre los escritores que han sabido mirar la patria con largueza. Su lúcido juicio y su encariñado examen se ejercitan con soltura sobre los que llama los rbdomantes del espíritu nacional. Acaso debió Soto subrayar con más fuerza las derivaciones fecundas de ese disconformismo que asoma en algunos de los libros argentinos que comenta. Quienes se niegan a seguir la línea del menor esfuerzo, quienes abogan por una exaltación severa de la vida y extraen impresionantes “radiografías” de nuestro organismo colectivo, indudablemente han tomado posición frente a nuestra realidad y están respondiendo a los signos del porvenir. Su aparente dureza es amor insatisfecho, espera desesperada.

Soto, con pareja energía, se mantiene alejado de la crítica que se apoya en el racionalismo tradicional y de aquella que, partiendo de convicciones rígidas, se resuelve en impulsos anímicos y en ademanes absolutos. El miraje racionalista no le parece suficientemente actual y, por otra parte, considera que el dictamen enfático es lamentable costumbre de nuestro tiempo apasionado. Pero lo indudable es que los irracionalistas de urgencia a que se refiere nuestro autor han contribuido a paralizar la libre acción de la crítica, cuyas manifestaciones más recientes parecen felices supervivencias de esa época en que los fueros de la razón emancipada eran también los del hombre.

El estilo de Soto camina siempre con admirable seguridad, es pródigo en finas observaciones, sabe desechar casi con ternura y visita los más diversos temas con una naturalidad y un ágil fervor que no son sus menores atractivos.

En esa prosa vivaz y fluyente, la majestuosa terminología literaria y filosófica aparece como aligerada por la vecindad de joviales hallazgos y de zumbonas analogías. Sin que pueda verse en ello un tic de su prosa, Soto se complace en desprender risueñas variantes de las expresiones ya amonedadas por el lenguaje jurídico, náutico, policial o periodístico. Refiriéndose a la crítica dice: “Palpa de intenciones al escritor que estudia y toda su función policial concluye ahí”. Ensalzando la obra cumplida por Amado Alonso, declara: “Examinó, lupa en mano, las columnas de nuestros diarios y tomó las impresiones digitales

de cuanto particularismo idiomático circula". Más adelante nos habla del primado de la "razón social", del "juicio de desalojo literario", etc.

Páginas como "Análisis espectral de la pampa", "Arbitraje espiritual" y "Sarmiento, santo y seña de hoy", donde abundan los juicios iluminativos y las reflexiones originales, son verdaderos puntos de partida para quienes se consagran al examen de nuestra realidad, de nuestro ser colectivo. Asistido por un espíritu minucioso y penetrante, Soto encuentra esclarecidas palabras para decir nuestro destino.

Excelente es también su breve trabajo sobre Lugones, a quien contempla en función de un proceso ideológico, mostrándose más interesado por sus opiniones que por los delicados y complejos resortes de su mecanismo poético. Pero es evidente que Soto prefiere la "ubicación" al análisis. Ello explica su esfuerzo enumerativo frente a las mutaciones lugonianas que, como se ha dicho, son modos de una sola intensidad.

Tanto por la coherencia y la buena ensambladura de sus observaciones como por el espíritu de equidad que preside sus páginas puede afirmarse que este libro de Soto inaugura una nueva modalidad crítica en nuestro país.

CARLOS MASTRONARDI

PROSA DE MARECHAL

Casi no hay fecha fundamental de mi vida que no esté asociada en alguna forma al nombre o al gran corazón de Leopoldo Marechal. Nos conocimos en los albores de la revista *Martín Fierro*, cuando (recién llegado yo de España, después de más de cuatro años de convivencia con aquel paisaje y aquellos hombres inolvidables) se iniciaba en nuestro país un movimiento de renovación intelectual que iba a tener consecuencias profundas en el destino de nuestras letras. De todos los muchachos de entonces, Marechal fué el que me impresionó de manera más honda y terminante. Silencioso y tozudo, con una rudeza de árbol bravío, lejano en el pensamiento y próximo en la cortesía viril del afecto,

Marechal intimó de entrada conmigo y (por ese misterio de las afinidades ocultas que acerca violentamente las almas) puedo decir que nunca, o casi nunca, me compenetré tan pronto y tan cabalmente con otro artista de aquí. Me alegraba en Marechal el indomable celo del arte, que le llevaba a sacrificar todo a su incontenible vocación; la igualdad del carácter, que invitaba a descansar plenamente en la inalterabilidad de su palabra y de su ejemplo; y la fineza mágica de su don poético, que traía al panorama agostado de nuestra lírica un acento de frescura inusitada, un colorido de riqueza maravillosamente juvenil y un dibujo lleno de fuerza y gravedad, que recordaba los grandes modelos clásicos y daba a sus poemas esa dignidad de lo que ha nacido para vencer definitivamente al tiempo. Desde entonces, unidos por propósitos cada vez más iguales y por ideas de linaje parecido, nuestra amistad ha sido una sola línea, que ninguna vicisitud de la vida ha podido torcer ni quebrar. Juntos peleamos con alegría en aquellas imborrables jornadas de *Martín Fierro*, de *Proa*, de la *Revista Oral*; juntos viajamos por otros países, compartiendo asombros y decepciones ante los espectáculos culminantes del arte de ayer y de hoy; juntos gastamos noches y botellas en oscuros períodos de crisis vital y espiritual; juntos nos hemos dado mil veces de cabezazos contra las paredes hostiles de este país que nos ahogaba el corazón; juntos ambulamos por redacciones mercenarias y por calles sin destino y por madrugadas casi finales; y juntos (cuando mi vida parecía desbarrancarse entre espadas desnudas, en la desesperación del cuerpo que no me obedecía y del alma que pugnaba por desencarnarse) llegamos a la orilla de las verdades eternas, donde ya todo tiene sentido, peso y medida, y donde hasta los días adversos no nos niegan su minuto perfecto de plenitud y de felicidad.

La obra de Marechal, que ya ofrece la redondez y la firmeza de lo que está maduro, se caracteriza ante todo por la unidad de su pensamiento poético, que gira siempre en torno al misterio de las formas creadas en su relación secreta con la finalidad divina del hombre. Aun en los poemas de *Días como flechas* (libro que ha de quedar en nuestra literatura como obra maestra del júbilo sensorial) las imágenes más estrechamente vinculadas a los sentidos llevan en sí una carga trascendente y se unen en arquitecturas edificadas para gloria del espíritu o se abrazan angustiosamente a temas que murmuran los eternos temores del alma humana frente a la indiferencia creciente del mundo y de la vida. En este sentido, las *Odas para el hombre y la mujer* (otra de las bellas creacio-

nes de Marechal) rozan las alturas mayores a que puede llegar un artista en la rotunda posesión de sus medios naturales, un momento antes de sentir en su pecho los aldabonazos decisivos de Dios. Pero donde Marechal logra su personalidad completa, donde asume todas las energías de su ser de poeta y de criatura, es en *Laberinto de amor*, poema que representa la síntesis más justa y clara de las torturas estéticas de hoy con la serenidad fecunda de ayer y de siempre. Con una técnica sin tacha (que le ha permitido escribir los alejandrinos más originales y más ricos del idioma) Marechal ha sabido realizar con ese libro un esfuerzo digno de una literatura más evolucionada que la nuestra. Lo mismo puede decirse de sus sonetos, que sorprenden por la precisión de la forma y por la densidad diamantina del sentido.

Publica ahora Marechal su primer libro de prosa, que se llama *Descenso y ascenso del alma por la belleza* *. En un lenguaje que participa de la tersura y de la profundidad significativa que se advierte en el de los místicos españoles de la mejor época, se describe en esta glosa admirable los movimientos del alma en sus afanes por alcanzar la felicidad sin límites de la luz increada. Asistimos primero a la caída del ser en la variedad hermosa de las criaturas, debatiéndose inútilmente en ellas en procura de asiento firme para su inquietud, de agua para su sed, de alimento para su voracidad infinita; y luego, cuando ya todo parece acabado, cuando nada ofrece lo prometido, cuando la belleza circundante muestra ser belleza de efecto y no de causa, cuando el mundo cede como un barco cansado y lejos del puerto, oímos el llamado que viene de arriba y que arrastra consigo y que arrebatada en una ascensión gradual de lo relativo a lo absoluto, de lo contingente a lo eterno, hasta devolver el alma (por vía de hermosura) al centro de donde salió por error y que no es otro que Dios mismo. Ambos movimientos se desarrollan con una claridad que sólo es posible cuando quien los describe los ha padecido y los ha meditado en la doble pasión del extravío y del hallazgo, en el pecado y en la oración. Obra de neto cuño platónico-agustiniano, cruzada y fecundada por Santo Tomás y San Dionisio el Areopagita, *Descenso y ascenso del alma por la belleza* (cuyo decoro estilístico tiene una majestad impresionante) es un regalo más que nuestras letras nunca agradecerán bastante a este gran poeta y gran cristiano que se llama Leopoldo Marechal.

FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ

* *Sol y Luna*, Buenos Aires, 1939.

“LA ÉTICA FORMAL Y LOS VALORES”

Cuando a comienzos de los tiempos modernos se trató de delimitar y afinar un campo propio y autónomo al problema moral y en particular establecer las fuentes del criterio ético, se tropezó con dificultades que por la misma gravedad de la cuestión determinaron un estado de incertidumbre y un ir y venir entre las posiciones más extremas, sin más punto firme que la convicción, propia de la época, de la importancia del individuo y la no menos segura convicción de que el hombre mismo en cuanto es en sí y por sí debe ser el punto de partida de todo aquello que le concierne.

No sin esfuerzo esta conciencia de sí y esta confianza en sí mismo logró imponerse frente a la concepción general de la vida y del destino humano dominante en el medioevo. La concepción medioeval del mundo, saturada de espíritu religioso, tiñó de religiosidad todas las manifestaciones posibles de la existencia humana y determinó la esfera de valores hacia la cual toda acción humana debía encaminarse. Y en cuanto estos valores e instancias supremas pertenecen por su origen y fundamento a un mundo trascendente a la naturaleza humana, a sus inclinaciones, pasiones y tendencias, adquieren para el hombre medioeval, particularmente en el dominio ético, fuerza imperativa, objetividad y validez absoluta. La ética medioeval es en el fondo una ética con exigencias de validez absoluta, pero esta exigencia no encuentra apoyo en principios emanados de la moral misma sino en la esfera religiosa; más exactamente, ni la idea de una vivencia propiamente moral ni, mucho menos, la posibilidad de una ciencia autónoma de lo moral tienen cabida dentro del ámbito de la concepción medioeval del mundo.

Esta situación puede mantenerse mientras persiste viva la fe que alienta y nutre la confiada sujeción del hombre a normas, principios y valores trascendentes: normas, principios y valores cuyo fundamento último reside en la realidad divina. Pero cuando esta fe se apaga y en las postrimerías del medioevo prodúcese la desintegración de la unidad vivencial ético-religiosa, al par que renace la confianza del individuo en sí mismo, característica de la antigüedad, agudízase el sentido de su responsabilidad y la severa exigencia de hallar un criterio ético que sustituya la sujeción a normas y principios tomados de la

esfera religiosa y a los que ya no se les acuerda fuerza imperativa ni validez absoluta.

¿Hacia dónde buscar ese criterio? Desligado de toda referencia y de toda motivación trascendente, no queda al hombre moderno otro camino que el ahondar en las profundidades de su propia alma, para allí descubrir las normas y reglas que le permitan estructurar una moral autónoma que estuviera de acuerdo con la íntima y segura confianza que tiene de sí mismo y de sus infinitas posibilidades. De ese modo, el centro de gravedad de esa afanosa y a veces angustiada búsqueda recae en el dominio psicológico: en el conocimiento y análisis del alma. Es en los sentimientos, pasiones, impulsos y deseos donde se aspira a descubrir las normas que permitan ordenar moralmente la vida humana, tanto dentro del dominio de lo personal como en el determinado por la convivencia con los demás hombres. Y según sea el concepto formado de la naturaleza humana, desprendido ya de toda referencia extraterrenal, se coloca como principio y fundamento supremo de la moral un *bien*, un algo material: perfeccionamiento, cultura, felicidad, utilidad, etcétera; fin hacia el cual tiende la acción y cuyo cumplimiento determina su carácter moral. En todo caso, bienes y fines instituidos subjetivamente según nuestras ocasionales valoraciones y preferencias.

Dejamos señaladas —en forma muy esquemática, por cierto— dos posiciones bien definidas en lo que se refiere al problema moral. La una establece normas de carácter imperativo pero destruye la autonomía de lo moral en cuanto reconoce a esas normas origen y fundamento trascendente a la naturaleza humana. La otra pretende ser autónoma pero carece de validez absoluta porque saca sus principios de hechos de experiencia y, por tanto, subjetivamente determinados. Una y otra descuidan aspectos esenciales de toda moral que contemple la dignidad humana.

Precisamente el sentimiento de la dignidad humana, despertando en la conciencia del hombre y haciéndole comprender que pertenece a dos mundos distintos —mundo sensible y mundo inteligible— y que según esto se halla sujeto a leyes que sólo se fundan en la razón, es lo que impulsa a Kant a rechazar toda ley moral fundada empíricamente y a buscar en la propia naturaleza racional del hombre una ley moral que es por ello mismo a priori, de carácter imperativo y universalmente válida. Naturalmente, no es el caso de exponer aquí la ética kantiana. Interesa sólo observar que la ética racional de Kant señala un momento decisivo en la historia de los problemas morales, a partir

del cual la oposición entre la moral de los bienes (material por consiguiente) y la ética formalista (fundada en el imperativo categórico) manifiéstase claramente. Pero una ley moral a priori y universalmente válida ¿debe necesariamente mantenerse ajena a todo contenido material como sostiene Kant con intenso vigor? Al encuentro de esta afirmación va, ya casi en nuestros días, la ética material de los valores desarrollada con amplitud y rigor sistemático por Max Scheler y Nicolás Hartmann, indiscutiblemente dos de los espíritus más representativos de la época.

Hasta qué punto la ética material de los valores logra superar el formalismo kantiano y en qué medida puede mantenerse la posibilidad de esta novísima concepción ética es lo que Carlos Astrada se propone investigar en su más reciente libro, *La ética formal y los valores*, * una magnífica expresión de su segura vocación de filósofo y de la madurez alcanzada ya en nuestro país por la especulación filosófica.

Una laboriosa incursión en el complejo laberinto de la filosofía kantiana, de donde resulta una más adecuada y correcta interpretación de sus teorías morales de lo que suele encontrarse en manuales y aún en obras dedicadas exclusivamente a su exposición y crítica, permite a Astrada, mediante una interpretación ontológico-existencial de sus postulados básicos y con especial referencia al problema de la libertad, intentar una revaloración de la moral kantiana que en sus líneas esenciales parecele incommovible a pesar de la severa crítica a que fuera sometida por las modernas tendencias de la ética.

En Astrada domina la convicción de que siendo la moral, como la filosofía toda, siempre moral de una determinada época histórica, mantendrá ésta su vigencia —con ciertas reservas— en todas las épocas cuya vocación filosófica y moral se muestre semejante o dominada por el mismo *ethos* que orientara a aquella donde tuvo su origen. Acontece esto precisamente en nuestro tiempo. “Hoy —dice el autor— después de un olvido secular, tras el gran paréntesis del apogeo del espíritu objetivo, el hombre retorna a la existencia, a sus estructuras inmanentes y a su expresión esencialmente histórica. La vocación filosófica y moral de nuestro tiempo —tiempo escindido y trabajado por antinomías polares de carácter perentorio— tiende a una filosofía integral de la existencia

* *Ensayo de una revaloración existencial de la moral kantiana orientada en el problema de la libertad.* Biblioteca Humanidades. Universidad de La Plata, 1938.

humana y por lo tanto también a involucrar en la misma el fenómeno ético con sus implícitas dimensiones ontológico-existenciales”.

El *ethos* peculiar de la filosofía existencial, que Astrada —como pudo advertirse ya en sus obras anteriores— percibe como la filosofía de nuestro tiempo, se concreta en un imperativo de *coexistencia* moral. Según el concepto existencialista el ente humano es esencialmente un *estar con otro*. El *estar con otro* determina su existencialidad, su peculiar modo de ser; y si bien esto tiene sólo un sentido ontológico-existencial tradúcese prácticamente en un existir para sí y para los demás, sobre el cual llega a ser posible un sentido superior para la convivencia humana. De aquí el punto de enlace con la filosofía práctica de Kant que en lo esencial se halla determinada por la idea de *humanidad*. Humanidad es, como Kant lo entendía, participación en el destino de los demás hombres. Cada uno de nosotros se halla determinado en cierto modo por el existir de los demás, al menos en cuanto ente *persona*. Y en tanto somos persona tócanos asumir la responsabilidad moral que nos corresponde. La persona, el ser *fin por sí* y el ser considerado como *fin en sí* por los demás, define el ser moral del hombre como ciudadano del mundo. El vocablo “mundo”, como conjunto de todos los seres morales, posee en Kant un significado humano existencial. Ya esto justifica —según Astrada— el propósito de una revaloración y reactualización de la moral kantiana desde una base existencialista, lo cual no significa aceptarla sin reparos. Baste observar que la moral del *deber ser* se funda en un concepto rigurosamente racionalista del hombre, incompatible con el existencialismo que contempla al ente humano en la plenitud de su ser.

Pero este intento de revaloración se justificaría por razones quizá de más hondura. Con una clara visión de lo que constituye el núcleo vivo y candente del problema moral —el problema de la libertad— se esfuerza Astrada por destacar los principios constitutivos esenciales de la moral kantiana y llega finalmente a la conclusión de que sólo una moral fundada en el concepto de la *libertad positiva*, como la de Kant, puede mostrarse autónoma y absolutamente válida. Por esta razón rechaza de plano la ética material de los valores, sin dejar de reconocer separadamente la posibilidad de una fenomenología de los valores y de la vida emocional tal como ha sido sostenida por Scheler. Nótese que si —como es un supuesto básico de la ética axiológica— los valores morales se imponen a la *persona* —como centro activo de los actos morales— con inde-

pendencia de ella y desde un plano de absoluta objetividad, los actos personales dirigidos al valor no pueden ser autónomos. Según Astrada, la ética material de los valores se resuelve en una ética heterónoma y a fin de cuentas desconoce el fundamento último de toda posible acción moral: la libertad de la persona. Y la conciencia de la imposibilidad de sostener una ética así orientada se agudiza si reparamos que la pretendida objetividad absoluta de los valores, como se manifiesta en Scheler, Hartmann y otros, no es sino un resabio de platonismo inexplicablemente mantenido durante siglos por la filosofía occidental. Astrada niega objetividad absoluta a los valores, si bien entiende que no son ellos *vitalmente* relativos. “Como contenidos o impulsos desprendidos de la existencia del hombre, los valores adquieren y conservan cierta objetividad”.

A todo valor es posible reconocerle un origen histórico. Su vigencia, más o menos duradera aunque se la suponga eterna, es sólo consecuencia de un continuado proceso de objetivación cuyo punto de partida debe buscarse en la posibilidad de la existencia humana de objetivar sus contenidos, sus tendencias a la realización de los mismos. “Una vez que en un determinado instante histórico, un hombre determinado se propuso vivir según un contenido, dirección o impulso inmanente de su existencia, dándole reiterada vigencia, dicho contenido, trasmutado en “valor”, cobra independencia y comienza a imponerse en lo sucesivo como una realidad ideal objetiva”.

Una simple nota bibliográfica cumple una función muy modesta. Carece de toda intención crítica y a nuestro parecer debe limitarse a anotar algunos de los aspectos más esenciales de la obra en cuestión. Por lo demás, la visible importancia del tema estudiado por Astrada, uno de los problemas más difíciles de la filosofía por lo mismo que toca las fibras más íntimas de nuestra conciencia, exigiría de nuestra parte, para hacerle justicia, una más honda y severa reflexión. Observemos sólo, un poco apuradamente, que la crítica de Astrada a la ética material de los valores, certera en muchos aspectos, no alcanza a invalidarla. Esto no significa que la aceptemos sin reserva alguna. Anotamos simplemente que aun hay mucho que andar con ella y que probablemente no se le han cerrado todos los caminos.

En su negación de la objetividad de los valores, parécenos que Astrada no opera una suficiente distinción entre la conciencia del valor y el valor mismo. Lo supratemporal y suprahistórico del valor no se desvirtúa por el hecho de

experiencia de que el preferir ha sufrido y sufre profundas variaciones en el curso de la historia, y, por otra parte, es perfectamente compatible con el hecho de que una época histórica permanezca completamente ciega a los valores vigentes en épocas anteriores o que sólo posteriormente se hacen visibles. La humanidad trabaja incesantemente en el descubrimiento de los valores: tarea inacabable para el hombre, precisamente por serlo. Algunos valores se hacen visibles sólo cuando se ha alcanzado cierta madurez espiritual o cierto grado de evolución cultural. Esto vale tanto para el individuo aislado como para la humanidad. Pero esto no afecta la objetividad del valor. No podemos imaginar cómo una vivencia individual determinada pueda convertirse en el tiempo en un valor para todos, objetivo por consiguiente, si antes no se tiene ya la intuición del valor. Tómese como ejemplo el valor *santidad*, utilizado por Astrada, y se advertirá que quien por vez primera tomó ese valor como norma y ajustó a ella su conducta le ha dado realidad y con ello vigencia para su época o para el futuro, pero no lo ha creado. De todos modos, nos gustaría ver desarrollada con más amplitud la posición de Astrada —igualmente distante del objetivismo absoluto y del más crudo subjetivismo— en lo que concierne al origen histórico de los valores. De seguro se nos ofrecería una preciosa contribución al estudio de un problema de palpitante interés.

Más difícil resulta tomar posición frente al problema de la libertad. Según Astrada, desde el punto de vista de la ética axiológica se plantea necesariamente la disyuntiva: o autonomía de los valores o autonomía de la persona. Si se afirma que los valores imponen su validez sobre el sujeto moral, la libertad de la persona queda sofocada en su raíz. Sin ahondar mucho la cuestión, diríamos, al calor de la lectura, que podría observarse que entre el acto de aprehensión del valor y su aceptación y cumplimiento por la persona queda siempre un margen de libertad. La objetividad del valor se mantiene en cuanto impone su especificidad al sujeto y determina el sentido de su cumplimiento; la autonomía de la persona, en cuanto ella es libre de aceptarlo o no. Esta realización del valor determina la moralidad de la acción, pero no modifica el valor mismo. Si yo frente a la clara intuición de un valor no quiero darle cumplimiento, no he relativizado el valor en modo alguno: su autonomía permanece; y en cuanto que yo puedo libremente querer o no querer darle cumplimiento, es decir, realizar activamente el mandato que irradia del valor, conservo mi autonomía. Claro está que si la índole moral de mi acción ha

sido determinada por su ajuste o desajuste a lo específico del valor se dirá que soy libre dentro de ciertos límites. Quizá tengamos que llegar a esta convicción, sin que esto afecte en lo mínimo la dignidad ni la autonomía moral del hombre.

Apurando un poco más las cosas, pero sin aventurar una posición definitiva, podríamos decir: en la relación del hombre con los valores y en la libertad personal del hombre, que justamente en esa relación se afirma, vemos nosotros el meollo del problema ético. Esto importaría reconocer que ni el yo persona ni los valores por su parte son entre sí absolutamente independientes. El hombre es justamente hombre por hallarse abierto a los valores, dirigido hacia ellos. Su tarea es darles cumplimiento. Los valores participan en la integración y actualización de la persona, sin los cuales ésta sería sólo un momento de pura intencionalidad. A su vez los valores, si bien poseen un ser en sí independiente de su realización, sólo pueden ser sentidos como valiosos mediante la intervención del hombre que les da realidad y los hace de este modo eficaces para su propio desenvolvimiento espiritual. Sólo porque el hombre percibe los valores y es por ellos afectado pueden éstos realizarse. Y sólo porque el hombre se halla abierto a los valores puede llegar a ser hombre en la plenitud de su sentido. Esta distinción entre el ser en sí, lo puramente potencial y la realidad del valor señala un proceso de realización en cuyo centro se halla colocado el hombre con su voluntad libre y creadora. Y esto permite reconocer el sentido y los momentos en que se apoya la acción moral. Podrían señalarse en ella tres etapas: la intuición del valor, el sentimiento del deber que ellos irradian y la realización personal del valor intuído. Moral sería toda acción en la cual la persona —todo valor moral es siempre de persona— realiza un valor según su mandato. Pero desde el momento que el sujeto moral es capaz de no realizar ese valor de acuerdo al deber ser que él irradia, desde el momento en que puede rebelarse frente a él, es libre. Entre el sentimiento del deber que irradia del valor y su realización o cumplimiento por la persona queda siempre un amplio margen de libertad, limitada por cierto, pero no por imperativos ajenos a su propio ser sino por aquello que constituye su mundo propio, su esfera de realización. El hombre llega a ser hombre en cuanto se abre al mundo de los valores (verdad, belleza, vitalidad, santidad, etcétera) y se aplica a su realización. En la realización de su ser participan tanto el momento de intencionalidad que de él emana como los contenidos de esa intencionalidad,

las instancias a que ella apunta. La constrictión que él sufre y que determina la moralidad de su acción es pues, en cierto modo, inmanente a su propio ser.

Si la más grave objeción que puede hacerse a la ética axiológica es que ella anula una supuesta voluntad absolutamente libre, capaz de determinarse a sí misma, parécenos que su prestigio no queda con esto malparado. Quizá fuera necesario plantear la cuestión en otros términos. Con lo cual perderíamos contacto con esa idea teórica de la libertad, nunca hondamente sentida, pero habríamos de acercarnos cada vez más al hombre en la plenitud de su ser: de su ser abigarrado, múltiple y siempre problemático.

RAFAEL VIRASORO

Crítica de Arte

EXPOSICIÓN DE ARTE FRANCÉS DEL SIGLO XIX Y CONTEMPORÁNEO

Se inauguró el 18 de julio, en el Museo Nacional de Bellas Artes. La selección realizada por René Huyghe es extraordinariamente ilustrativa. La evolución de la pintura en el período mencionado puede estudiarse mejor en la Avenida Alvear que en el Luxemburgo y el Louvre, porque allí se han concentrado, gracias al saber del comisario general y su deseo de representar dignamente a su país ante el público argentino, significativas piezas de los dos museos nombrados y de las colecciones de Montpellier, Besançon, Burdeos, Montauban, Pau, Reims, Ruán, Versalles, Amsterdam y Gante, así como de otros institutos parisienses y galerías particulares. La presentación es perfecta. El admirable conjunto se organiza por épocas y escuelas, y armónicamente se desarrolla sin que un solo lienzo choque al lado de otro, sin que obra alguna pierda su valor propio como consecuencia de una inoportuna vecindad.

Comentaremos en detalle esta muestra grandiosa, abierta cuando el número de julio de SUR ya estaba en prensa. Pero nos adelantamos para decir que Francia nos ha hecho un obsequio de gran señora.

EN EL MUSEO MUNICIPAL DE BUENOS AIRES: RAMÓN SILVA

Debe estar orgullosa la Municipalidad de Buenos Aires de la obra que se realiza en su pequeño y selecto museo, de reciente creación. Porque es un museo vivo en que al margen de las colecciones permanentes que reflejan los valores consagrados del arte nacional, se desarrolla un panorama cambiante —en expo-

siciones periódicas— de las diversas fases por las cuales ha pasado y pasa la actividad artística del país. Demás está subrayar el valor didáctico, aleccionador, de las muestras que viene organizando con entusiasmo y sano criterio el director del museo, escultor Luis Falcini. El año pasado, apenas abiertas las puertas de la sala de Perú 190, asistimos a una interesantísima confrontación de las obras de Spilimbergo, Badi y Pettoruti, que dió motivo a hondas reflexiones y constituyó una afirmación por contraste de esos tres variados talentos. Poco después, una retrospectiva de Victorica permitía valorar la originalidad de ese "fauve" argentino cuyo arte ocupa una posición singular en nuestra historia reciente. Luego de los meses de feria veraniega, Falcini reanudaba la realización de su orgánico programa con una muestra de los artistas del 1910 —Sivori, Correa Morales, de la Cárcova, Malharro, Fader, Ripamonte, Alice— que elocuentemente mostraba hasta qué punto nuestra actividad artística de la primera década del siglo fué trasplante de diversas escuelas extranjeras, adaptadas por los mejores a las peculiaridades de la atmósfera y el carácter argentinos. Resaltaba en aquel conjunto la exquisita finura de Sivori, su acento personalísimo, su fuerte adaptación al medio. Se confirmaba la ciencia y la conciencia de Fader en aquella primera época de su producción, tan sorda y grave, comparada con su luminismo posterior. Surgía como un grito apasionado la explosiva fuerza de Malharro, su superación de un impresionismo decadente. Se ratificaban los juicios favorables al arte honesto de Correa Morales.

Después de esa exposición que dijo lo esencial del 1910, el director del museo se ha propuesto explorar el segundo decenio de la centuria actual, y ha empezado por presentar 45 pinturas de Ramón Silva, el mejor resumen que hayamos visto de la breve carrera de este artista que actuó de 1911 a 1919 y cuya marcha acelerada y febril pasó por etapas ascendentes, desde el impresionismo inicial a la italiana, mezclado de puntillismo, hasta un género de paisaje decorativo, casi simbólico diríamos, despojado de materialidad, leve y fino como una exhalación anímica. Silva, becado, se trasladó a París, y allí abandonó muy luego un artificialismo llevado de Buenos Aires para lanzarse en la expresión directa, cambiada ya su paleta de dominantes amarillas por armonías más complejas y justas. En los primeros años de Francia, no pudo deshacerse de sus recuerdos del paisaje argentino, y asistimos a una curiosa superposición de visiones que le hacía poner en el cañamazo del campo francés bordados de luz y celajes pampeanos. Luego se advierte un fuerte influjo de Van Gogh, muy

bien asimilado, que da vigor de expresión y consistencia de materia a los lienzos de Silva. Por fin, el joven pintor se aleja de la manera del holandés y parece inclinarse hacia el arte de su compañero de Pont-Aven, hacia la estilización y el colorido exótico de Gauguin. Esa acaba por ser, aparentemente, la orientación más duradera, aunque Silva introduce siempre su nota personal en la enseñanza recibida. Un cuadro queda fuera de toda clasificación: es "El Bosque", de 1916, con sus marcados rasgos de un romanticismo a la alemana, hijo acaso de la música de Wagner y del decorativismo de Thoma. Pero, en conjunto, la evolución de Silva sigue una línea recta hacia una espiritualidad muy suya, que hace deplorar su fin prematuro.

JULIO J. PAYRÓ

Documentos

EL ÉXODO ESPAÑOL

La mañana está intensamente fría. Ha nevado la noche anterior. Camino a Le Perthus, por la carretera que lleva desde Perpignan a la frontera de España, se ven los campos arados, las tierras vírgenes de simientes, las viñas minuciosas entre la claridad abierta de la campiña y la silueta lejana de los Pirineos orientales cubiertos de nieve. El sol está en todas partes; se siente una profunda sensación virgiliana: el hombre inclinado sobre la tierra, el buey escaso y solitario, el carromato, los pájaros... Media hora de viaje por este paisaje de tierras labrantías que tiene la claridad y el abandono de los campos en invierno, y nos hallamos en Le Boulou, el pueblo que se abre de pronto al más angustioso espectáculo de miseria y de dolor. Abandonados y entumecidos, miles de seres han pasado la noche allí, a la intemperie, en tierra extranjera. Los niños, todavía dormidos, están cubiertos por ligeras mantas y las mujeres y los hombres, la mayoría ancianos, permanecen sentados en la tierra como si el hielo hubiese paralizado sus gestos, sus músculos. Han andado ocho días bajo la nieve y la lluvia, y ahora se sientan a descansar bajo el sol. Están mudos de espanto, de padecimientos, de hambre, y en ese silencio se lee el dolor de un pueblo que no sabe ya adónde va precisamente, porque huye, huye aturdido de sangre, de muerte, de estallidos. Ocho días de marcha a pie desde Barcelona a Le Boulou. Francia les ha abierto las puertas de Le Perthus: han atravesado la frontera y allí, a tres horas de marcha sobre territorio francés, están detenidos, imposibilitados, bajo las noches y los días, sobre la escarcha, entre el fango. Ni un paso más. Junto a la carretera las ventanas están cerradas. Detrás de ellas miran pasar la caravana. Y todos ajustan sus puertas. Temen al imaginario saqueador, y este temor les ciega los ojos ante el drama de un pueblo en marcha.

Una mujer rodeada de chiquillos me observa callada y rencorosa. Me acerco a hablarle y se transfigura cuando sabe que soy argentina. Le pregunto el porqué de su expresión anterior. Entonces me dice: “¿que no los ve usted, mirándonos como bestias?” No pregunto más. Esta gente sufre una miseria que desconocían. La exponen al público y soportan su curiosidad, su indiferencia o su desprecio. La mujer está rodeada por sus tres niños que se aprietan medrosos contra ella. La fatiga ha dejado profundas huellas en su cara joven. Es culta, fina. Habla con tranquila desesperación.

—¿Por qué huyó usted? — le pregunto.

—No sé. Todos hemos huído cuando el miedo empezó a horadarnos las carnes y cuando los bombardeos se sucedían sin intermitencias: cada cinco minutos el atronar, los gritos, el terror. En uno de ellos vi llegar a mi hermana con su hijo en los brazos, destrozado y sangrante. Parecía serena, pero estaba muda. No pude oír más su voz. Entonces cogí mis niños y todos los alimentos de que disponía, y eché a andar. ¡Dios mío...! —. Y se cubre la cara con desesperación silenciosa pero sin llanto. Estas fuertes mujeres de España ya ni pueden llorar.

“Hemos huído de miedo”, es la confesión que oigo repetirse. El miedo a la muerte, el miedo que se mete en la carne y enfría los huesos, el miedo inexplicable. Allí están los niños inconscientes. Ninguno juega. Están las madres de España. Ninguna sonríe. Los hombres hablan en voz baja como si temieran ser oídos. En los terrenos donde los han concentrado se ha formado un lodo repugnante. Todos están sucios, hambrientos. Cerca pasa un río, pero no les permiten llegar a él porque está más allá del límite que les han fijado. Algunos días después la miseria llega al extremo. La falta de higiene trae enfermedades. La desorganización hace imposible atender a los que mueren y a los que nacen entre la infección y el dolor.

Y siguen desfilando armas: fusiles, municiones, transportes, cañones... Junto a los cañones antiaéreos que aún desafían agresivamente el cielo, asoma su cabeza un lobito embalsamado: es la mascota. El pueblo derrotado lo mira sin decir palabra. Allí entre el barro queda un clarinete aplastado por la rueda de un camión. Perteneció, nada menos, que al glorioso ejército del Ebro.

Mientras, en la frontera de Le Perthus veinte mil almas hacen cola desde las seis de la tarde del día anterior, de pie, bajo la nieve y el frío, sin dormir,

para no perder su turno cuando se reinicie la tarea de los empleados, abandonada a esa hora, o para sobrevivir: esperan pasar a la nueva tierra que les haga olvidar, por otras miserias que ignoran todavía, el ruido de los bombardeos y el grito desesperado de los que aún pueden gritar.

Ha caído Barcelona. El bombardeo ha cesado en la ciudad, pero los hombres dispersos del ejército republicano son perseguidos aún por los aviones extranjeros. En la frontera, separados por poca distancia, hacia España o hacia Francia, la victoria y la derrota se miran frente a frente; de un lado, sobre España, los nacionalistas cantan bajo la bandera recién izada; del otro, los republicanos desembocan de las montañas a la carretera de Francia para unirse con los compañeros en los campos de concentración.

—“Nosotros hemos defendido España para limpiarla de toda esa canalla...” El que dice esto es un muchacho de dieciséis años, quien me confiesa que hace dos que está enrolado en el ejército nacionalista. Lo miro un poco sorprendida y veo que todos sus compañeros son igualmente jóvenes, casi niños muchos de ellos. Están alegres, hablan al mismo tiempo, cada uno quiere confirmar su valentía, pregonan hechos, se irritan contra la tierra que cobijó al enemigo y “dígalos en su país —agregan—, repita que estamos aquí bajo la única bandera que conoce España”. Se han agrupado, bien uniformados, como si disfrutaran de unas alegres vacaciones, en la línea limítrofe de Francia. Observo las divisas negras, bordadas en rojo, que llevan cosidas en el pecho los del Batallón de la Muerte. Por toda respuesta a lo que ellos me dicen, les expreso el deseo de llevarme una, de recuerdo. Llega el capitán, un jovencito rubio de aspecto delicado, y uno de los soldados le dice: “Oye, a la chica se le ha antojado una divisa de éstas”. Entonces el capitán solicita un cortaplumas, la descose rápidamente y me la entrega diciéndome: “Diga usted que pertenece al primero que llegó aquí para colocar la bandera que usted ve”. Y me da su nombre, que naturalmente olvido. Y allí, en efecto, flamea la bandera nacionalista, nueva bajo el sol. Al instante sienten deseos de cantar y, haciendo el saludo ritual, entonan su himno a viva voz. Están en su tierra: hacia adelante se aleja la carretera de Francia, hacia atrás estallan las granadas de mano

arrojadas al aire por estos muchachos que ahora juegan con ellas como si realizaran fuegos de artificio. Y así habrán jugado con la muerte, inconscientes y crueles sin saberlo. Otros soldados se entretienen con un fox-terrier. Un camión hace una ligera virada y aprieta al animalito entre sus ruedas. Cuando se aleja, el soldado que jugaba con el animal lo levanta con indiferencia: "está muerto" y lo arroja al costado de la carretera. Ya están habituados a la muerte. Allí, no muy lejos, se ven algunos cuerpos amontonados: son los últimos combatientes, los últimos fusilados. Están juntos en la tierra que ellos defendían; pertenecen a las dos facciones.

La carretera parte de la línea limítrofe hacia Francia en una curva hasta tomar las montañas. Hay armas por todas partes, montículos de fusiles abandonados por los republicanos y custodiados por fuerzas francesas que les exigieron su entrega antes de darles paso. A los costados, en el valle, se ve acampado un gran número de tanques, cañones, ametralladoras. Fuertes cantidades de armas, las que fueron depositadas a lo largo del tránsito —sobre territorio francés— cuando cesó el fuego de las líneas para comenzar el éxodo del ejército. Comienzan a verse sus huellas: camiones, autos desbarrancados, cintas de ametralladoras, balas... La derrota. De las laderas de las montañas llegan los últimos fugitivos. Son hombres deshechos y agobiados por la fatiga. La derrota marca el dolor en sus rostros. Pasan silenciosos, curtidos de soles, de lluvias, de escarcha, harapientos, con sus ponchos raídos y la angustia reflejada en los ojos atónitos por la sorpresa de la derrota que aún no saben explicarse. Me acerco a tres hombres que vienen andando con lentitud y se sientan a descansar en el murallón del puente. Uno de ellos es tan niño como algunos de los que entonaban del otro lado, hace un instante, el himno de la victoria. Y éste es el que acusa a la desorganización de los últimos tiempos. Su voz es dolorida.

—A veces —dice— carecíamos de alimentos, y días después hallábamos comestibles depositados en donde nos llevaba la casualidad. Otras veces recibíamos municiones que no convenían al arma que teníamos. Los poseedores de estas armas pasaban por el mismo trance: recibían nuestro material.

Su compañero se ha apoyado de pie, en el murallón, y escucha fríamente; su rostro tiene una severa dignidad; parece que su voz se hubiese perdido y

su mirada petrificado en la frente ancha, inteligente. Mira con fijeza hacia el valle donde están las armas. Lía un pitillo y fuma, fuma con desesperación. Y el tercero, un hombre humildísimo y rústico, agrega:

—Los bombardeos continuos, la marcha sin armamentos, la falta de órdenes... Todo. Pero los aviones, eso sí que es horrible. No podíamos concentrarnos. Cundió el pánico de unos a otros y de allí la retirada. ¡Si nos parece imposible creerlo ahora! Todavía hay tantos en la montaña... Ayer se oían los últimos cañoneos; no sabíamos de dónde; el ruido parecía perseguirnos entre los árboles. El pánico es terrible, es el peor enemigo en la guerra.

Yo no sé qué decirles; ellos se quedan callados. Después uno, el silencioso, dice:

—Vamos.

—Vamos.

Y se alejan, camino de Le Boulou, a tres horas de marcha a pie hacia el campo de concentración que se ha improvisado allí.

En la estación de Perpignan veo llegar una brigada numerosa que será embarcada hacia los campos de Argelès-Sur-Mer. Algunos llevan mantas, otros cargan valijas, quienes un colchón, quien una guitarra. El alma de España no les hace olvidar el canto ni la copla; la alegría de cantar se salva de la miseria. Pasan bajo sus capas rotas hombres de la tierra, profesionales, escritores, estudiantes, profesores de la Universidad, médicos, aviadores... Entre ellos muchos argentinos. Unidos en la misma miseria, pasan. Protestan algunos, se molestan con los espectadores; otros andan silenciosos. La gente se multiplica para mirarlos. Y ellos que regresan de la muerte sienten la humillación de desfilar como prisioneros, bajo un sol que da vida. Suben al tren; se aprietan unos contra otros; el espacio se limita. Los llevan a Argelès-Sur-Mer, custodiados por fuerzas senegalesas. Un soldado ha roto las filas en un cruce de la calle y ha huído. Cuando el soldado francés lo ve, intenta perseguirlo. Los compañeros del fugitivo le cierran el paso. Pero su movimiento no es instantáneo en la persecución y entonces resuelve renunciar a los pocos pasos, con una secreta complicidad, casual quizás. El tren parte. El frío de los Pirineos se

va mezclando al viento que se ha levantado de pronto y pasa entre las arcadas de la estación que poco a poco se va quedando solitaria. Corre el mes de febrero.

Ya han pasado varios días desde que están concentrados en Argelès donde es casi imposible llegar. Están desorganizados. Se hace difícil contar con todo el mundo. La Prefectura es estricta y niega todo permiso desde que algunos diarios de París critican el tratamiento que se les da a los concentrados, mientras otros manifiestan su rencor por la presencia del extranjero, prisionero, en su tierra; preven consecuencias, insultan. Las más encontradas opiniones se suceden diariamente. Y el desorden sigue. En Argelès se sufren las mayores privaciones por falta de alimentos, de medicinas, de amparo efectivo.

El permiso de la Prefectura me sirve para un día y este día amanece de hielo. Desde Argelès hay que andar algunos kilómetros a pie para llegar a la playa. El pueblecito que la precede, estremecido de hombres, parece sepultado por la arena y la ventisca. La calle que conduce al campo de concentración está cercada de fuerzas negras de Senegal, con sus turbantes rojos y su aspecto tenebroso. Allí veo millares de hombres de pie en actitud de espera, agrupados en un silencio tan hondo que pone máscaras de muerte en sus rostros, mientras que, en las calles transversales, otros grupos apretados unos contra otros, sentados en el suelo con las cabezas ocultas entre las rodillas, se calientan al sol cubriéndose con los ponchos. Parecen dormidos. Así han pasado la noche. Sopla un viento endemoniado. Nadie se atreve a hablar. Hay algunas mujeres, hay algunos niños, pocos, pues casi todos estos hombres pertenecen a las líneas de defensa. Pregunto por los argentinos y un muchacho que anda dificultosamente, con una sola pierna, me indica el camino. Están al final del campo, en la brigada sudamericana. El viento sopla con tanta furia que es preciso caminar haciéndole frente con la espalda a riesgo de caer. La arena que se levanta ciega los ojos. Y allí están los hombres de la guerra de España, entre la arena y el mistral enloquecido; más bien parecen prisioneros de los elementos. Muchos trabajan haciendo sus pequeñas viviendas de cañas que el viento les destruye y que vuelven a reconstruir con ayuda de ponchos, sábanas, harapos. Otros consiguen chapas de cinc, hierros, maderas: construyen lo que pueden para no morir. Hay quienes hacen fosos en la arena y los cubren con ramas, esas mismas ramas que sacrificarán al fuego para sentir un poco de

calor y ver sus gestos en la noche. Y el mistral sopla con furia, helado, cortante. Se ha nublado. El frío produce temblores en toda la carne. El andar se quiebra. Esto es el desierto. Y en este mismo lugar, me dicen, estuvieron los prisioneros alemanes del año 14.

Llego al campamento sudamericano. Allí están los argentinos. Todos han pertenecido al ejército mixto español. Hay más de 200; en orden numérico les siguen cubanos, brasileños, mejicanos. Los chilenos y norteamericanos ya han sido repatriados por sus respectivos países. El comandante de la brigada sudamericana es un muchacho argentino de 26 años, Angel Díaz, que ha sido capitán en la guerra; él me acompaña hasta una casita de cinc donde no cabe un hombre de pie y que cubrirá un espacio de un metro y medio de ancho por menos de dos de largo, donde está trabajando el secretario de la Sociedad de las Naciones, doctor García Palacios, y donde se hallan, a cubierto del frío y del viento, cuatro muchachos acurrucados que le ayudan en la tarea de fichar a los americanos. Uno de mis acompañantes les obsequia cigarrillos que festejan con una alegría inusitada. Ya hace dos días que no comen; divididos en equipos de 500 personas —me dicen— les han entregado 10 kilos de lentejas, que han sacrificado a la espera de otra ración que les haga comer menos veces, pero mejor. La vigilia demacra sus rostros; a las tres de la tarde, aun no han probado bocado. Carecen de agua. Al décimo día la situación es la misma. Les llega pan, a veces alguna sardina. Allí cerca hay un muchacho que está muriendo. Ya hace dos días que no habla. Me acompañan al foso que ha cavado en la arena para acostarse a morir y que ha cubierto con una chapa de cinc. Así mueren todos los días heridos de guerra, afiebrados, débiles que no resisten el frío, enfermos de desolación. No permiten acercarse a nadie, ni a los amigos que traen consuelo, ni a los parientes que traen alimentos. Están prisioneros, cercados. Una voz cruza el aire a través de un altoparlante: es un representante del “otro lado” como dicen los “de éste”, que llama a los que quieran regresar a España, al servicio de los nacionalistas. Muchos se enrolan. Ya nada les importa. Quieren huir de la tortura, de las privaciones, del horror de las noches que aúllan como lobos entre el viento. Algo secreto los tira a su tierra. La defendieron cuando creían que era necesario defenderla; ahora regresan. Los demás, millares y millares,

jurán morir antes de entregarse. Un muchacho se arrojó bajo las vías del tren cuando creyó que en lugar de devolverlos al campo de concentración, los devolvían al enemigo.

Y el viento se queja, aúlla como lobo. Allí no se siente morir.

Comienza a anochecer. Al tomar el camino que conduce a la ciudad —Perpignan— vemos pasar miles de hombres. Son los sobrevivientes del ejército del general Modesto. Traen sus ropas raídas; parecen pordioseros; las barbas crecidas dan a los rostros de muchos un aspecto enfermizo y doloroso. Caminan lentamente. Su marcha tiene años de esperanza. Las mujeres que les acompañan, andan con tal firmeza que permiten imaginar un triunfo. Y así van cargados con sus morriones, sus mantas, sus banderas distintivas, su dolor nostálgico. Los vidrios del coche se han empañado con el frío. Mirándolos, detrás de ellos, se les ve como sombras. Pasan y pasan, son miles de hombres. Sí, realmente, esto tiene algo de pesadilla. Van a descansar al campo de concentración en la playa de Argelès. El viento les sigue, les martiriza las carnes y los oídos. Creen que van a descansar de tantos años sufridos estérilmente. Pasan los últimos. Ahora comprendemos que en nuestro silencio habíamos pensado lo mismo. Y no decimos nada porque estamos llorando.

Perpignan, Febrero de 1939

MARÍA DE VILLARINO

CALENDARIO

FLAUBERT, PROUST Y EL DOCTOR JEAN FRETET. — En *Europe* (abril 5), este último considera a Flaubert un escritor insignificante y descubre en su estilo los signos de la epilepsia que padecía, cuya primera gran crisis sufrió en plena juventud. Pasemos por alto los pasajes más agresivos (donde el doctor Fretet despliega esa lógica obstinada y pueril, característica de los hombres de ciencia cuando abordan temas literarios) para detenernos en el párrafo siguiente:

“El estilo de Flaubert traiciona los vicios de su carácter. El mismo pulso opresivo no sólo se manifiesta en los momentos de goce, indignación o desesperación: también late en los cuerpos de las frases menos cargadas de sentimiento. El ritmo de las interjecciones insistentes y de la inspiración malhumorada evoca el jadeo del esfuerzo inútil y de la inquietud motivada por una absoluta incapacidad para crear una imagen”.

Páginas después, transcribe una frase de Proust:

“No hay quizá en todo Flaubert una sola metáfora. Más aún: sus imágenes son generalmente tan débiles que no se elevan en modo alguno por encima de las que podrían encontrar sus personajes más mediocres”.

El doctor Fretet se felicita de poder repetir este juicio que *“antes de Proust, por falta de autoridad sino de certidumbre, no hubiese osado enunciar”.* Pero ese juicio pertenece

a un artículo que Proust escribió precisamente en defensa de Flaubert, con motivo de los ataques que le dirigieron cuando se cumplió el centenario de su nacimiento. Ataques muy semejantes a los del doctor Fretet, aunque más eficaces. Decía Proust:

“He quedado estupefacto — lo confieso — de ver tratar de poco dotado para escribir a un hombre que, por el uso enteramente nuevo y personal que ha hecho del pasado definido, del pasado indefinido, del participio presente, de ciertos pronombres y de ciertas preposiciones, ha renovado casi tanto nuestra visión de las cosas como Kant, con sus Categorías, las teorías del Conocimiento y de la Realidad del mundo exterior”.

Para mostrar los síntomas epilépticos en el estilo de Flaubert, el doctor Fretet reproduce casi exclusivamente numerosos párrafos de su *Correspondencia*. Ahora bien: nada se parece menos a lo que se entiende por “estilo de Flaubert” que el estilo de su *Correspondencia*. También nosotros, “faltos de autoridad, sino de certidumbre”, habremos de ampararnos en el artículo de Proust. He aquí una de sus observaciones más agudas:

“Generalmente los grandes escritores que no saben escribir (como los grandes pintores que no saben dibujar) no han hecho sino renunciar a su virtuosismo, a su facilidad innata, a fin de crear expresiones que

traten poco a poco de adaptarse a una visión nueva. En la correspondencia, donde no los somete la obediencia absoluta a ese ideal interior, oscuro, vuelven a ser aquello que, menos grandes, no hubieran nunca cesado de ser. Cuántas mujeres, deplorando las obras de un escritor amigo, agregan: "¡Y si usted supiera qué admirables cartas escribe cuando no se contiene...! Son infinitamente superiores a sus libros". En efecto, es un juego de niños mostrar elocuencia, brillantez, ingenio, decisión en el rasgo, para quien habitualmente carece de todo eso porque debe amoldarse a una realidad tiránica que no le está permitido cambiar en nada. Lo que no aparece en su obra, desborda en su conversación, en sus cartas. Esta alza brusca y aparente que sufre el talento de un escritor desde que improvisa (o de un pintor que "dibuja como Ingres" en el álbum de una dama que no comprende sus cuadros) ni siquiera se descubre en la Correspondencia de Flaubert: allí Flaubert pierde sus calidades magistrales, pero sin adquirir las secundarias".

●

CAPRICHOS ESPAÑOLES. — No siempre es melancólico el ejercicio de examinar el número segundo de *Sol y Luna* (junio de 1939, Buenos Aires); a veces, es también alarmante. Hasta los avisos son tremebundos, cuando no inverosímiles: por ejemplo, éste que da horror a una de las páginas iniciales:

JERARQUIA

La Revista Negra de la Falange.
Avenida de San Ignacio 8, Pamplona

El texto es de una hispanidad no menos retinta. Abarca unas doscientas páginas, de

las que no hay tal vez una sola que no sea memorable, o (a lo menos) anómala. He aquí una de ellas, en la que extrañamente conviven el terrorismo y la información. Ocurre bruscamente, sin título, en la mitad precisa de la revista.

"Dios puso en las manos del Generalísimo la espada de la guerra y el Generalísimo deposita en el altar de Dios la espada de la victoria. Está teñida de sangre — porque la salvación de España debía llevarse a cabo sangrientamente — y está teñida de luz — porque su salvación debía realizarse luminosamente.

Bajo la mirada del Cristo Negro de Lepanto el Caudillo de la Cristiandad lee con la voz arrasada la fórmula de su homenaje. Dos falangistas sostienen el pergamino de la ofrenda.

Hincada la rodilla española, el Generalísimo es la encarnación de la grandeza de su pueblo, de ese pueblo que sólo hinca la rodilla para levantar el vuelo".

Acto continuo se transcribe con toda veneración tipográfica — amplios márgenes, cuerpo doce, interlíneas — una oración de Franco titulada *Dice el Caudillo*, que solicita para el pueblo español una "paz de Imperio". Después, una bendición eclesiástica, titulada *Dice el Cardenal*.

Modere su estupefacción el lector; hay otros primores:

"Toda España tiene un mismo y único lenguaje espiritual. Es el lenguaje que sirve para escribir el "Libro de Guisados" y "Las Soledades", el madrigal de los ojos claros y "El Castillo Interior"; el lenguaje limpio y totalitario de Adán y Eva en el Paraíso Terrenal" (página 167).

"Para un hombre de cualquier raza inferior

—quiero decir para un hombre de cualquier raza no española...— (página 168).

“García Morente nos va delineando las virtudes y las tentaciones del caballero español. Es un símbolo amable en sí mismo, como es amable la rosa, o la nave, o el agua, u otro símbolo semejante. Porque hay símbolos, como los símbolos matemáticos, que en sí mismos no pueden ser gozados. El caballero cristiano es, sin embargo, algo singularmente bello. A través del caballero cristiano vemos la belleza de España. De una España eterna e inmovible. De una España que es fiel a lo que debe ser o que cae en una nada total y absoluta.

El caballero cristiano es paladín, desfaceador de entuertos, ama a su ser por encima de su haber, puede pecar por orgullo pero no por humillación, desprecia la materia, odia las pluralizaciones, etc., etc. No podemos enumerar todo lo que García Morente enumera. Sería pretender esquematizar algo inesquemmatizable. El caballero cristiano, como signo, debe captarse totalmente” (página 176).

“España conquistó a América para reconquistarla para Dios —porque América le pertenecía como cosa creada por Él— y reconquistó otra vez a España para reconquistar a Dios —porque Dios pertenecía a España” (página 177).

Los redactores de estos trozos selectos son argentinos y se dicen nacionalistas. El nacionalismo, en otros países, no rehusa todo contacto con la nación. Hitler ha empleado alguna vez la palabra Alemania; el Duce no procura inflamar a sus auditores declamando *El nido de cóndores*; el mismo Franco no dedica su “voz arrasada” a entonar la *Chanson de Roland* o el *God save the King*. Eso, exactamente, es lo que hacen

nuestros desconcertantes nacionalistas. Les duele que la historia de este país, “fundado por la espada”, no se escriba de un modo militar; pero su hispanidad momentánea les hace invalidar o silenciar nuestras guerras de independencia, que son la parte más honrosa y más ardua de esa “fundación por la espada”. Con admirable altruísmo, afirman el derecho de España sobre “las cosas creadas por Dios”: es decir, sobre el universo.

Aventuramos una hipótesis: la más verosímil clave de esos misterios es la desidia criolla. Émulos de Alonso Quijano, los imprudentes redactores de *Sol y Luna* “se han dado a leer” *la Revista Negra de la Falange*, o algún otro caos equivalente. Una pasión muy argentina y muy española —el mimetismo— los ha impulsado al plagio. Han reiterado esas páginas ejemplares con respetuosa fidelidad. Esa transcripción los ha distraído; han olvidado que eran nacionalistas y que escribían (que copiaban) en Buenos Aires.

Hay otra explicación menos verosímil pero más elegante: los ingeniosos redactores de *Sol y Luna* saben que toda prédica directa es ineficaz y deliberadamente ponderan a otros países para despertar —por reacción— el indignado patriotismo argentino. Han dedicado el segundo número a España; el tercero, sin duda, dirá las alabanzas de la U. R. S. S.; el enésimo (acaso) no prescindirá de alguna alusión a nuestra república.

LA TIERRA Y EL HOMBRE. — Generalmente los discursos oficiales nos brindan palabras vacías, dichas para disimular la pobreza de

conceptos u ocultar una realidad social inadmisibles. Por eso, cuando encontramos un lenguaje claro que expresa propósitos lógicos de mejoramiento colectivo, nos sentimos transportados a otro país. A un país cuyos hombres públicos hablasen por fin el idioma de la sensatez. (Hasta hoy, en nuestras esferas oficiales, se había dado en llamarlo disolvente o peligroso). En este sentido merecen destacarse los siguientes párrafos de un discurso pronunciado por el Ministro de Agricultura en la concentración de agricultores, realizada en la ciudad de Bell Ville, que organizó la Federación Agraria Argentina:

La tierra, por sus características, tiene valor cuando produce y según lo que produce. Es por eso que el derecho a la propiedad de la tierra no es ilimitado; y no lo es, por la misma función que desempeña. El propietario no puede dejarla impunemente inculta o sin trabajar, en un medio productor, sin entregar a la colectividad —digamos a la Nación, unidad política, económica y moral, cuyo interés es la suma de los intereses de los hombres que la integran y cuya fuerza radica en la conciencia moral de cada uno de ellos— lo que la colectividad no recibe por la determinación tomada.

No puede aceptarse que se dé a la tierra la característica de una mercancía sujeta a la oferta y la demanda, pues siendo una base cierta de bienestar individual, con trascendencia colectiva, realiza una función social. Aceptarlo es facilitar el enriquecimiento inmotivado de unos cuantos, en detrimento del bien común; aumentar el costo de la producción agraria con un factor extraño, producto de la especulación, en perjuicio de su mejor posibilidad de colocación y sin traducir por ello un beneficio general;

y es alejar el justo anhelo de la adquisición de la propiedad por el agricultor, porque cuando el interés de comprar existe, los precios de la tierra suben desproporcionadamente a su función de producción, y cuando disminuye o desaparece, bajan, porque el agricultor se retrae debido a que las condiciones agrícolas o económicas son contradictorias y a que las perspectivas que se presentan son malas. La confrontación de estos hechos muestra lo inobjetable del principio enunciado, y las contradicciones que se obtienen resultan de la aplicación indebida de un método de intercambio a un instrumento de trabajo.

El enriquecimiento individual es aceptable cuando es el resultado del interés adecuado de los capitales puestos en juego, o del trabajo, que comprende todo esfuerzo intelectual o físico que propenda a producir o mejorar lo que se produce. Es por eso que toda ganancia que no derive de aquello debe ser gravada en forma de que vuelva al patrimonio común lo que indebidamente le fué extraído. Es por eso que debe ser impedido el cobro desproporcionado del rédito que la tierra rinde. En el primer caso se impide el abuso de quien posee el dinero. En el segundo, de quien posee la tierra. En los dos se defiende el patrimonio de la Nación del espíritu de especulación y del deseo de enriquecimiento indebido que interrumpen el ritmo del progreso integral, así definido porque comprende al hombre como causa inicial y a la sociedad como finalidad buscada. Lo superfluo para muchos es lo necesario para otros. Y la armonía se logra cuando el equilibrio se establece. Es en ese sentido que debemos dirigir nuestros esfuerzos para conseguir para el país la pros-

peridad compartida y la riqueza equilibrada".

LA GUERRA, FENÓMENO CÓSMICO. — "Para celebrar el 30º aniversario del futurismo, Marinetti, su fundador, publica un largo manifiesto. Del principio al fin, dicho manifiesto es una exaltación de la guerra, de la que da una nueva definición. Hace treinta años la llamó "higiene del mundo". Ahora la califica de "fenómeno cósmico que hay que apoyar y utilizar en beneficio de nuestro imperio mussoliniano" ("La Nación", julio 15).

Pero el "imperio mussoliniano" evita las grandes tormentas: recuérdese su actitud conciliatoria en esos días anteriores al Pacto de Munich. Provoca, eso sí, los pequeños aguaceros: Etiopía, Albania.

EL ESTADO Y LAS BELLAS ARTES. — Acabamos de adherirnos a los conceptos vertidos por el Ministro de Agricultura en un reciente discurso. El que ha pronunciado el Profesor Juan Mantovani, Ministro de Instrucción Pública y Fomento de Santa Fe, también merece consignarse por la justeza de sus puntos de mira. Fué leído en la inauguración del XVI Salón de Bellas Artes de esa provincia, al cual concurrió el pintor Lino Spilimbergo como invitado de honor con un conjunto de numerosas obras de grandes dimensiones, grabados, monocopias y dibujos. El Profesor Mantovani, entre otras cosas, dijo lo siguiente:

"La investidura del cargo no concede al Ministro que habla ninguna competencia especial en materia de arte, porque, en rigor, el Estado no tiene derechos sobre esta ex-

presión espiritual. Pero si no tiene derechos, tiene deberes para con el arte. Debe cumplir deberes que aseguren su conservación y enriquecimiento, para estímulo de los artistas y ennoblecimiento del pueblo. Dentro del arte nuevo existen expresiones de diversos estilos y variados valores. Los que no aceptan sus producciones, no pueden mirar esas formas como absurdos estéticos simplemente porque constituyen formas opuestas al arte tradicional. Nadie debe asustarse ante ellas, como no es posible tampoco resistir renovaciones en el mundo de la cultura. Son inevitables, y sin ellas no se produciría el progreso histórico del pensamiento ni se alentaría el más alto desarrollo del espíritu humano.

Por eso saludo con entusiasmo al vigoroso pintor Lino Eneas Spilimbergo, uno de los más destacados integrantes de ese sector de artistas argentinos que buscan inquietos una nueva y significativa expresión plástica. Es el primero de ese grupo que asiste, con un conjunto considerable de sus obras, a uno de los salones anuales de Santa Fe.

Este hecho es reconfortante. Prueba la amplitud de espíritu que preside la realización de este certamen. Aunque tiene carácter oficial, no se ha impuesto de antemano un criterio artístico de selección que acoja unas obras y rechace otras según respondan a determinada tendencia. El Estado se abstiene frente a las disputas de escuelas y considera que las obras deben ser aceptadas por sus valores propios, con prescindencia de las direcciones que encarnan. Los Museos como los Salones de carácter oficial no tienen por finalidad someter el gusto de la comunidad a un arte circunscripto o especializado. La sensibilidad estética del pueblo, lo mismo que otras expresiones del espíritu, deben desa-

rrollarse y fortificarse amparadas por la neutralidad del Estado.

Lo nuevo es auténticamente arte si expresa valores esenciales o si se encamina hacia esa expresión. Ante él, por ser producto del espíritu, hay que aproximarse con respeto y con amor, aunque no sea su estilo el que cuenta con la preferencia personal. Frente a toda manifestación de valor, en el sentido filosófico del término, es temerario reaccionar con brusquedad, y es ingenuidad moverse únicamente por el pueril impulso del agrado o desagrado".

POESÍA, IDEA E IMAGEN. — Escribe Enrique Díez Canedo en un ensayo sobre Machado, aparecido en el último número de la revista mexicana "Taller":

"Cede Antonio Machado al gusto por la imagen que domina en cierto período sobre la poesía de nuestro tiempo, en cuanto coincide con su propia manera de sentir, en términos de sobriedad y concisión, tan íntimamente suyos. Pero no se entrega a lo que considera impertinente y orgiástico: "Me siento, pues —dice al compilador de una Antología— algo en desacuerdo con los poetas del día. Ellos propenden a una destemporalización de la lírica, no sólo por el desuso de los artificios del ritmo, sino, sobre todo, por el empleo de las imágenes en función más conceptual que emotiva". El poeta se defiende contra toda idea de destemporalización "porque piensa su propia vida, que no es, fuera del tiempo, absolutamente nada". Y también contra esa llamada "poesía del intelecto" que se da como una dirección permanente e infalible y se cifra hoy con nom-

bres ilustres, quizá de modo abusivo y, sobre todo, parcial. El intelecto no hace a la poesía; pero ¿cómo ha de ser incompatible con ella? Tampoco la emoción hace, por sí sola, a la poesía. Es anterior a la poesía, como lo es el intelecto. La poesía, es una nueva operación, una "obra": dejémonos ya de fantasmas. Una obra compleja. Machado lo insinúa en el mismo lugar de donde tomo las citas anteriores: "El intelecto no ha cantado jamás, no es su misión. Sirve, no obstante, a la poesía, señalándole el imperativo de su esencialidad. Porque tampoco hay poesía sin ideas, sin visiones de lo esencial. Pero las ideas del poeta no son categorías formales, cápsulas lógicas, sino directas intuiciones del ser que deviene, de su propio existir; son, pues, temporales, nunca elementos ácronos, puramente lógicos. El poeta profesa, más o menos conscientemente, una metafísica existencialista, en la cual el tiempo alcanza su valor absoluto. Inquietud, angustia, temores, resignación, esperanza, impaciencia que el poeta canta, son signos del tiempo, y al par, revelaciones del ser en la conciencia humana".

Todo esto lo dice Antonio Machado para explicar su manera de ser poeta; pero se ha cuidado muy bien de no decirlo en verso, de no convertirlo en una poesía más. No es contradictorio, sin embargo, con la copla más objetiva, que entra en su concepto de la lírica lo mismo que su composición más elaborada; así en la estricta imagen de abo-lengo oriental, que encierra en tres versos, como la transformación de imagen en concepto, que arranca en él de muy antiguo, dando carne y sustancia humanas a su poesía, en vez de un añadido ornamental, prendido a ella por un como, a la manera de

tantos. Recordemos un pasaje de los más conocidos:

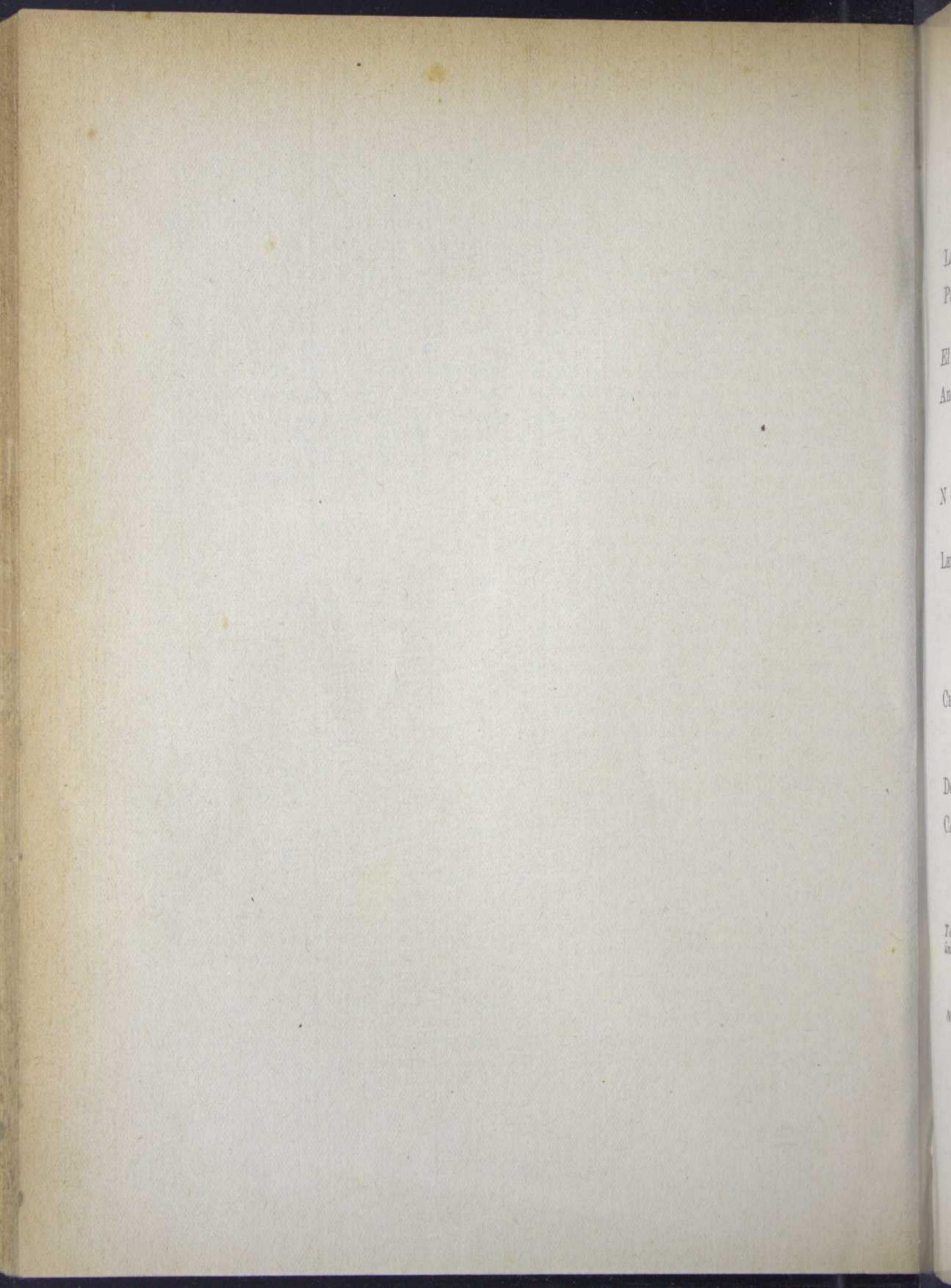
Un golpe de ataúd en tierra es...

Aquí, un poeta ordinario hubiera puesto una imagen pomposa, quizá una sarta de imágenes. La puerta que se cerró, la eternidad a que se llama, el golpe de las tijeras de Atropos, quién sabe cuántas cosas más parecerían indicadas, y, en cabal expresión, no hubieran dejado de ser poesía. Pero Ma-

chado no es así: él poda de imágenes la rama lírica del sentimiento y da lo inesperado:

Un golpe de ataúd en tierra es algo perfectamente serio...

Nada más. Pero ¿a qué más? Así es siempre, en sus primeras notas, esta poesía en que los "lienzos del recuerdo", las "galerías del alma", tienen esa profundidad, esa claridad y misterio del agua de roca, que es el frescor y la transparencia mismos".



ESTE QUINCUAGÉSIMO OCTAVO NÚMERO DE
"SUR" ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA
VEINTINUEVE DE JULIO DE MIL
NOVECIENTOS TREINTA Y NUEVE,
EN LA IMPRENTA LÓPEZ,
PERÚ 666, BUENOS AIRES.

